11

VENTAJAS
DE LA
ELOQÜENCIA POPULAR.

TRATADO ESCRITO EN IDIOMA ITALIANO

POR LUIS ANTONIO MURATORI,
Bibliotecario del Serenísimo Señor Duque de Módena.

TRADÚCELE AL CASTELLANO

DON VICENTE MARIA DE TERCILLA, Bachiller en las Facultades de Filosofia, y Jurisprudencia por la Real Universidad de Valladolid, y substituto de la Cátedra de Filosofia Moral de dicha Universidad.



MADRID MDCCLXXX.

POR D. JOACHIN IBARRA, Impresor de Cámara de S.M.

Con las Licencias necesarias.



A LA ESTUDIOSA *JUVENTUD* DE LA REAL UNIVERSIDAD *DE VALLADOLID.*

¡Qué felices, ó Noble Juventud, empleada en el honroso exercicio de las letras, fueron los tiempos del Emperador Augusto á beneficio del valimiento, y privanza de Mecenas! El cuidado, y proteccion que este valído puso en la Poesía, fué la poderosa causa, origen de que dimanaron tantos célebres Poetas como se hallaron en aquella Epoca. La emu-

lacion en la composicion de varios dramas, cuyos mas vistosos, y brillantes trages son, y fueron siempre los metros armoniosos, se comunicaba con la mayor facilidad por un medio tan proporcionado á los oidos del Augusto Trono, desde cuya excelsa cumbre se dexaban caer recíprocamente los mas relevantes premios en favor de aquellos que mejor acertaban en proponer á Cesar como modelo de toda virtud, y en disimular la excesiva ambicion que tan de asiento habia establecido su Trono en el Trono mismo de Su Magestad. Disculpable era en estos semejante interes, y reprehensible por el contrario el no haberse aprovechado de disposiciones tan ventajosas: muy digno igualmente sería de executarse en nosotros, si en

el dia se encontraran de aquellos Mecenas. Mas no siendo esto tan facil, como la experiencia misma lo acredita, he considerado mas oportuno constituirme en todos, y cada uno de vosotros, Ilustres Alumnos de Minerva, un Mecenas, tanto para mí de mayor aprecio, quanto mas dignamente empleado que el de Augusto, y quanto menos pagado de la adulacion; á cuyo torpe vicio es manifiesto no puede inclinarme en las actuales circunstancias interes alguno, quando solo es mi intento en este corto trabajo el haceros presente la fina, y amorosa ley que á todos os profeso, y la gratitud á que, respecto de vosotros, me debo confesar obligado. En todos vosotros hallo motivos poderosos, que se llevan ácia sí mi afecto, y me cons-

tituyen en la honrosa precision de dedicaros este corto obsequio de mi trabajo. Si entro en las Aulas de la Sagrada Facultad de Teología, encuentro baxo de la direccion de sabios, piadosos, y zelosísimos Maestros innumerable multitud de Alumnos, que muy distantes de las cenagosas fuentes de la teología del siglo, buscan en la del Angélico Doctor las puras verdaderas doctrinas, capaces de ilustrarles en la sólida piedad, y Religion. Si paso á las de la Sagrada Facultad de Cánones, hallo muchísimos, que dedicados al profundo conocimiento de las decisiones de los Soberanos Pontífices, y Concilios, apuran sus mas delicados dogmas, fundados por lo comun en la equidad, y dirigidos á nuestra interna justificacion. Si re-

gistro las de la ilustre Facultad de la Jurisprudencia, reconozco un número excesivo de profesores cuidadosamente empleados, así en el serio dilatado estudio de las Leyes Romanas, que en el sentir del célebre Gravina, es la honestidad misma de la naturaleza (*a*), y en las del Emperador Justiniano, que segun dice mi apasionado Muratori, rebosan por todas partes juicio, y equidad (*b*), como en los principios, y fundamentos de nuestra sabia legislacion, investigados en los purísimos manantiales de las Leyes de nuestros Augustos Soberanos. Si exâmino las de la noble Facultad de Medicina, descubro muchos que sin aterrarse

(*a*) Joan. Vincent. Grav. *in Orat. de Jurispr. Rom. ad suos Jur. Civ. Audit.*

(*b*) Ludov. Ant. Murat. *tratad. de la Public. felic. cap.* 10. *de las Leyes.*

por lo vasto, y dudoso de sus principios, aplican todo su esmero en las mas exâctas, y experimentales observaciones de sus principales Autores, proporcionándose con su intensa aplicacion para ser honrados de los hombres observantes del precepto Eclesiástico (*a*). Si me paro en las de Anatomía, hallo otros ocupados en el importante exámen de la estructura del cuerpo humano, del qual dependen muchísimos, é interesantes conocimientos. Y si por último me detengo en las de Filosofia, advierto casi infinidad de Jóvenes enseñándose á bien discurrir, y abstraher por medio de la Dialéctica, y Metafísica á conocer los entes naturales con el auxîlio de la Física, y por fin á vi-

(*a*) *Ecclesiastic. cap.* 38. *v.* 1.

vir bien en lo político, mediante los acertados dogmas de la Moral Filosofia. Son á la verdad todos estos unos estímulos tanto mas poderosos para grangearse mi fina ley, y afecto, quanto es mayor la complacencia, y respeto con que miro, así en las historias, como en el siglo mismo los grandes, y esclarecidos varones que han sobresalido, y sobresalen en la república de las letras á costa de los literarios, y continuos desvelos con que por medio de estas excelentes Facultades se han labrado la corona de la fama, que tan justamente esmalta sus cabezas. Quando detengo un tanto la reflexîon, y cotejo los principios de estos con los que vosotros recibís en este Real Licéo de Minerva á expensas de la vi-

gilancia de sus sabios Doctores y Maestros, y de la augusta proteccion de nuestro glorioso Soberano, y Católico Monarca (que Dios guarde) descubro en vosotros las esperanzas mas felices de contribuir el dia de mañana al ornamento, y decoro de la república literaria; cuya consideracion sola cautiva mi voluntad en vuestro obsequio, llegando al extremo de obligarme á presentaros este corto fruto de mis literarios entretenimientos. Por fin, ademas de la precisa ciscunstancia (para mí de tanto honor) de ser uno, aunque de los mas ínfimos Alumnos de este Ilustre Cuerpo, inspira tambien en mí esta buena ley, y afecto ácia vosotros la fina gratitud con que estoy obligado á corresponderos, por el aprecio, que

superior á mis méritos os dignais dispensarme, estimulando mi reconocimiento á que os ofrezca, como principio de mi deseo en obsequiaros, esta traduccion de un tratado, que si no le consideraseis necesario en el dia para vuestra instruccion, espero le acepteis para mas cabal ilustracion de ella en lo succesivo, celebrando vuestro perspicaz discernimiento la idea de su Autor original, notoriamente sabio, Luis Antonio Muratori, y disimulando vuestra bondad los indispensables defectos, aunque involuntarios, del Traductor. En esta confianza me atrevo á poner á cubierto de vuestro favor este corto trabajo, esperando, que si no fuese suficiente para merecer vuestros aplausos, á lo menos lo será para gran-

gearme vuestra indulgencia, á que quedaré de nuevo agradecido, y deseoso de emplearme mas y mas en vuestro obsequio.

Vuestro mas afecto,
y reconocido

Vicente María de Tercilla.



PRÓLOGO
DEL AUTOR
AL LECTOR.

No es otra cosa, si bien lo reflexîonamos, la eloqüencia artificial, que una imitacion de la natural. Hállanse personas dotadas de una natural elegancia, que aun hablando de repente, tratan los asuntos, que ocurren, con fuerza de razones, con viveza

de figuras, y con hermosura de expresiones. ¿Han aprendido por ventura estos en la escuela tan diverso manejo de palabras? No por cierto. La naturaleza es la que les ha franqueado un ingenio vivaz, y penetrante, y una lógica natural; y el trato con lo mas selecto de las gentes la afluencia de palabras, y de frases, y la variedad en las figuras; de suerte que podrian muy bien formar repentinamente una eficaz arenga á presencia de un respetable Senado de Jueces. No es otro el origen de la Retórica artificial, que se enseña en las Escuelas, sino la observacion de aquello que tiene la natural mas

propio, y mas vigoroso para persuadir, ó disuadir una cosa, ó para acusar, ó defender á un tercero. Puede muy bien enseñarnos la artificial á perfeccionar la natural, y á corregir sus defectos; pero al fin el fundamento de la verdadera eloqüencia consiste en imitar lo mejor que nos enseña la naturaleza. Suponedme un padre, ó Maestro, que de pronto, y con toda seriedad da un documento, ó una reprehension á su hijo, ó á su discipulo. ¿Pensais acaso que le presentará doctrinas profundas, y elevadas, inaccesibles á su comprehension, y edad? ¿Juzgais

por ventura que se entretendrá en florecer su discurso con agudezas, y equívocos ingeniosos, y que en lo mas sólido de su plática se pasará á hacer una amena descripcion de alguna cosa, que sirva solo de manifestar su ingenio, y nada para la necesidad, ó aprovechamiento de aquel joven? Naturalmente no procederá así un sabio padre, ó maestro. ¡Pluguiese á Dios que aun todos los sagrados Oradores, que para nosotros están, y deben estar en lugar de padres, y maestros, entendieran bien lo que es la eloqüencia natural, y atendiesen siempre si se ob-

serva en sus discursos ; pues tal vez podria estar oprimida , ó con lo demasiado de su ciencia , ó con lo sobrado de su ingenio.

La verdadera eloqüencia no puede ser sino una , aunque su ornato puede ser diverso, segun la variedad de los genios. Hay unos que ponen todo su estudio en hacerla elevada con lo sublime de las doctrinas , de las reflexîones , y del estilo : otros afectada con el exceso de los adornos ; y otros finalmente, que no se hallan bastantemente provistos de ingenio , y de ciencia , la representan debil en los senti-

mientos, y en las razones, y especialmente si se agregan cosas, y palabras inútiles. Basste esto para decir que mi pensamiento en este tratado es el inquirir, qual sea, segun mi corto juicio, la eloqüencia mas util, eficaz, y propia para predicar al mediano pueblo la palabra de Dios. Tal me ha parecido á mí la que nosotros llamamos *Popular*. Sin embargo, no faltará quien sea de distinto parecer. Siga quien quiera su dictamen, que no por eso se me ha de impedir á mí el proponer las razones que me inclinan á preferir á los otros este modo de exponer las ins-

trucciones del Evangelio. Nadie espere que mi intento en este tratado sea el manifestarme maestro de la Retórica sagrada. Mi asunto está reducido únicamente á lo que he apuntado, á fin de recordar al que por adquirirse alabanzas suelta la rienda á su ingenio, anunciando la palabra de Dios, y á aquellas cabezas ligeras, que no asisten al sermon por otro fin que por oir cosas ingeniosas, que el único objeto del que dice, y del que escucha, ha de ser la utilidad espiritual del pueblo. Si no se dirigen á este centro las lineas del sagrado Orador, y la solicitud de

los oyentes, se resolverá en vanidad un exercicio tan santo, é importante.

TABLA

De los capítulos de esta obrita.

CAP. I. *De la necesidad, y utilidad de predicar la palabra de Dios.* pag. 1.

CAP. II. *De las dos eloqüencias con que se puede predicar la palabra de Dios, es á saber, la sublime, y la popular.* 15.

CAP. III. *Que el Predicador debe adaptarse á la capacidad de los oyentes.* 21.

CAP. IV. *Que quando se predica al Pueblo en las Ciudades, se debe anteponer regularmente la eloqüencia popular á la sublime.* 29.

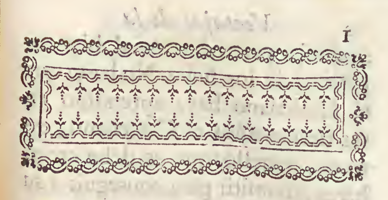
CAP. V. *Que la eloqüencia popular puede tener la virtud de aprovechar, y agra-*

dar tanto á los sublimes, como á los ínfimos entendimientos. 36.
CAP. VI. *Que los preceptos de la Retórica no se conforman con la sublime eloqüencia, aunque sí con la popular.* 48.
CAP. VII. *Que el ingenio, y el placer pueden tener lugar aun en la eloqüencia popular.* 57.
CAP. VIII. *Que los principales Padres de la Iglesia prefirieron la popular eloqüencia á la sublime.* 66.
CAP. X. *Como se ha de servir la sabia eloqüencia de las divinas Escrituras en las sagradas predicaciones.* 78.
CAP. X. *De la amplificacion.* 87.

CAP. XI. *De la accion conveniente al Predicador Christiano, con otras observaciones.* 97.
CAP. XIII. *Qual eloqüencia convenga al que debe predicar al pueblo ignorante solamente.* 108.
CAP. XII. *De los Panegíricos de los Santos.* 120.
CAP. XIV. *Conclusion de esta obrita.* 131.

N O T A.

Advierte el Traductor de esta obrita á los lectores, que tengan su traduccion antecedente de la *Fuerza de la fantasia humana*, que corrijan en el cap. 17. pag. 297. lin. 3. la expresion en que por error inadvertido de imprenta se dice (hablando del alma racional): *espíritu material*; pues ademas de ser contra la mente de su Autor, y Traductor, es proposicion implicatoria, y herética; y en su lugar leer *espíritu inmaterial.*



CAPITULO I.

De la necesidad, y utilidad de predicar la palabra de Dios.

No hay quien dexe de conocer que entre los mas importantes estímulos, y alimentos de la vida christiana, es uno el oir con freqüencia las leyes, los consejos, y las instrucciones de nuestra santa Religion, sacadas de las Divinas Escrituras, principalmente del Nuevo Testamento, y juntamente lo que la Iglesia de Dios manda, ó

aconseja perteneciente al bien espiritual de los fieles. No basta que el Christiano haya aprendido en sus tiernos años el Catecismo, esto es, aquello que se debe creer, hacer, ú omitir para conseguir á su tiempo la vida eterna; es necesario ademas, á lo menos siempre es util, que se le recuerde su profesion, se le manifiesten, y repitan las máxîmas del Evangelio, y que se llame á su alma á cuentas para hacerle conocer si corresponde, ó no á la profesion del Evangelio, y al fin para que Dios le ha echado al mundo. Notad el estado presente de nuestra alma. A la manera que todo cuerpo sobre la tierra camina ácia abaxo, así tambien el alma se dirige al cuerpo, camina ácia la tierra, y siente cierta continua inclinacion á las cosas

de la presente vida. Llega la Religion á instruir al alma, quiere elevarla á Dios, á la contemplacion, al deseo de los bienes celestiales, y de la vida eterna. Alza verdaderamente el alma de todo buen fiel poco, ó mucho sus vuelos á aquel dichoso fin, concibe buenos pensamientos, y santas resoluciones, y conoce, que la Ley misma de Dios se estableció para nuestro bien estar, y vivir tranquilamente aun en esta habitacion terrena. Mas de allí á poco, llevada como insensiblemente ácia lo ínfimo por un interior peso, no piensa sino en las cosas terrenas, en los placeres, riquezas, y honores, de suerte que ya parece no se acuerda mas de los bienes mayores, que Dios nos promete, llegando muchos de nosotros al extremo de pisar las

leyes, y llamamientos del mismo Dios por el deseo de satisfacer á los malvados antojos de nuestra mundana concupiscencia. Y no solamente los malos necesitan de quien les haga conocer vivamente la infelicidad de su estado, y les mueva á mudar de vida: no solamente los buenos Christianos necesitan de quien les avise de los peligros, de las poco advertidas transgresiones de la santa ley, y les excite á caminar por las sendas del Señor; sino que aun los mismos Santos, si desean permanecer firmes, y perseverantes en el amor de Dios, en la feliz esperanza de una vida mejor, y en el exercicio de las virtudes, deben freqüentemente recordarse á sí mismos lo que Dios exîge de nosotros, y conduce al dichoso fin de los Chris-

tianos, meditando las sacrosantas instrucciones de las divinas letras. No le basta al Christiano el saber lo que se ha de creer, lo que guia al Reyno de Dios, ó nos aparta de él. Conviene ademas, ya oyendo con freqüencia á los Predicadores de la divina palabra, ya leyendo los libros sagrados, ó compuestos por los Maestros de la piedad, ó finalmente meditando las verdades celestiales; conviene, digo, avivar nuestra fé, excitar nuestra adormecida esperanza, y estimular á la voluntad á testificar á Dios nuestro amor con la práctica de las buenas obras, y la omision de las malas. ¿Hay cosa mas cierta que nuestra muerte? Pues con todo huye de nuestra consideracion; y vivimos y procedemos como si jamas hubiésemos de morir, y por

consiguiente tenemos necesidad de que se nos diga, y se nos repita esta verdad con todas sus resultas. Nuestra alma es arrebatada con exceso de las cosas presentes, y sensibles; mas las distantes, y especialmente las invisibles, y espirituales huyen con facilidad de nuestra consideracion.

El Apostol nos manifiesta la fiera corrupcion de costumbres, que reynaba en los Pueblos gentiles. Nadie se maravilla de ella, pues el culto de los falsos, y soñados dioses, ensuciado con las fábulas de los Poetas, justificaba la gravedad de los vicios populares. A lo que se agregaba, que ninguno hablaba jamas al Pueblo para darle á entender la hermosura de las virtudes, y la fealdad de las operaciones viciosas. Es verdad

que no faltaban ya en aquellos tiempos Filósofos, que trataban largamente de las virtudes, y de los vicios; pero ademas de que no habia entre los Paganos Filosofia alguna, que no contuviese alguna sentencia desordenada, ó perversa, toda su doctrina estaba encerrada en las escuelas, y en los libros, y ninguno la predicaba al Pueblo. Mas procediendo la ignorancia de conformidad con la malicia, multiplicaba las iniquidades. Por el contrario solo los antiguos Judíos profesaban la verdadera Religion enseñada por Dios; la estudiaban en los divinos libros; tenian Profetas, y Maestros, que se la explicaban, y repetian, y era costumbre en sus Synagogas exhortar freqüentemente á la observancia de la ley. Mayor solicitud que

esta se advierte en los primitivos Christianos, como se conoce por los Actos de los Apostoles, y por la Apología de San Justino Martir. Era oficio de los Obispos el exponer al Pueblo las Divinas Escrituras, y las obligaciones en que se constituye el que quiere seguir el Evangelio. No pudiendo los Obispos, succedian en este importante empleo los Sacerdotes. Por lo que toca á los primeros tenemos algunas Homilías de los Santos Hypólito, y Cipriano, y despues en los siglos quarto, y quinto los Santos Basilio, Gregorio Niseno, Gregorio Nacianceno, Anfilochîo, Ambrosio, Gaudencio Obispo de Brescia, Augustino, Leon Primero Papa, Zenon Obispo de Verona, Cirilo Alexandrino, Pedro Crisólogo, Máxîmo

Obispo de Turin, y otros muchos. Tambien entre los Sacerdotes expositores, y predicadores de la divina palabra fué famoso Orígenes, y entre los Diáconos San Efren Syro; y San Juan Crisóstomo comenzó siendo solo Sacerdote la tela de sus insignes Homilías, y la concluyó siendo ya Obispo. Este uso duró hasta los tiempos del celebradísimo Pontífice Gregorio Magno, cuyas Homilías, ó por mejor decir Sermones, están llenos de jugo espiritual, y aun todavía proviene de ellos grande impulso, y fomento á la piedad. Succedieron despues en la Italia unos tiempos calamitosos á causa de los bárbaros, que la dominaron. De aquí tomó gran pie la ignorancia, y por el espacio de muchos siglos fueron rarísimos los Obispos, que alimen-

taron á sus Pueblos con la palabra de Dios, limitándose á los Párrocos, privados por lo comun entonces de ciencia, el cuidado de dar la mejor instruccion posible á sus ovejuelas. Entonces fué quando por falta de este saludable nutrimento se resfrió la piedad, y crecieron los vicios, hasta que nacieron las dos Ordenes de Predicadores, y Menores, que se aplicaron con fervor á esparcir entre los Pueblos de la Italia, ya desde el púlpito, y ya en las Misiones, la semilla del Evangelio. Mas hallaron ellos de tal modo radicadas las perversas costumbres, tan alterados los ánimos por las facciones Güelfa, y Ghibellina, y por las guerras civiles, que las ya gangrenadas llagas hicieron demasiada resistencia al caritativo zelo de aque-

llos buenos Médicos. Por fin solo se comenzó á mudar systema poco antes del año 1500 mediante el favor de otras Ordenes Religiosas, que se agregaron á las antecedentes en la Iglesia de Dios, y luego por el esfuerzo del siempre bendito Concilio Tridentino.

Vióse pues reflorecer por todas partes el Catecismo, multiplicarse las pláticas, y sermones para instruir bien á los Fieles en quanto conviene practicar, ó huir. Se añadieron los exercicios espirituales, las sagradas Misiones, y otras varias, y santas invenciones, destinadas todas á hacer buenos á los malos, y á fortificar á los buenos en el camino de la salvacion. De aquí procedió principalmente el presente estado de la Iglesia Católica tan loable por la disminucion

de los vicios, y por el aumento de las virtudes. No porque se haya secado el manantial de los pecados, pues buenos, y malos, grano, y paja, siempre se hallará en la Iglesia de Dios; sino porque en comparacion de los siglos bárbaros merece en el dia la Viña del Señor llamarse mas gloriosa, y mas fecunda de virtudes. Tierra es esta (como todos saben) de tentaciones. En nuestros miembros, y en nuestro corazon se siente una ley contraria á la de Dios, la qual continuamente nos incita á los placeres ilícitos, al amor desordenado de adquirir haberes, á la soberbia, á la venganza, y á otras muchas, y perversas pasiones. ¿Cómo se ha de resistir á un tropel tan grande de enemigos interiores? Por esto es necesario que se predi-

que á menudo á nuestros corazones la voz de Dios por medio de la de los sagrados Oradores, ó de los libros santos: que se nos ponga, y se nos vuelva á poner delante de los ojos su ley, y se nos haga palpar, que esta es la que nos guia á la verdadera felicidad, no solo de la futura, sino aun de la presente vida, en lugar de que los vicios, y desarregladas pasiones tarde, ó temprano nos conducen á la infelicidad. Sin el auxîlio, y uso de estas armas sería de admirar, que la devocion se mantuviese en su vigor, y que no fuese de mal en peor el que una vez comenzó á beber el caliz de la iniquidad. Por esta razon, escribiendo el Apostol á Timotheo, y juntamente á los Obispos, y Sacerdotes decia (*a*): *Te*

(*a*) *Epist.* 2. *ad Timoth. cap.*4. *v.* 2.

mando que prediques la palabra de Dios segun las ocasiones, y aun importunamente fuera de las ocasiones; corrige á los extraviados; suplica á todos por las entrañas de Jesu-Christo, que atiendan á lo que mas importa, que es la salud de sus almas; grita contra los vicios con toda paciencia sin cansarte jamas; é instruye al Pueblo en todas las doctrinas del Evangelio. ¡Grande mérito para el que se emplea en este santo exercicio! ¡Grande utilidad para el que gustosamente concurre á aprender lo que no sabe, ó á experimentar reimprimírsele, y fortificársele en el alma lo que sabe, pero que con toda facilidad se olvida, ó acaso no hace en nosotros impresion alguna! Vamos pues á inquirir qual sea el modo mas eficaz de expli-

car, y reiterar á los Pueblos la divina palabra, pues su fruto depende primeramente de la interior inspiracion de Dios, y ademasdel modo con que las verdades evangélicas se comunican á los oyentes.

CAPITULO II.

De las dos Eloqüencias con que se puede predicar la palabra de Dios, es á saber, la sublime, y la popular.

La Eloqüencia, ó Retórica de los sagrados Oradores se puede llamar Arte de bien hablar, para persuadir, ó disuadir alguna cosa, prescindiendo por ahora de tratar de su oficio en alabar, ó en componer panegíricos. Es de dos maneras, á saber *sublime*, *y popular*. Los Profesores de la primera, como es-

tudiosos de las reglas de la Rhetórica, establecidas por insignes Maestros, forman segun arte todos sus Sermones. Prepáranse (digamoslo así) para la batalla con un exôrdio estudiado : entran despues en el campo , como con otros tantos ordenados batallones , con los argumentos , y razones poderosas para vencer el entendimiento , y ánimo de los oyentes ; y en fin , con la fuerza de inventiva intentan moverlos á que se den por vencidos. Hállase en sus discursos abundante doctrina teológica , y moral , sutiles , é ingeniosas reflexîones , flores de agudezas , pomposas amplificaciones , un estilo elevado , y superior al regular , períodos muy rotundos, freqüentes tropos , y figuras ; en una palabra, todo aquel grande aparato , que los

àntiguos Oradores profanos usaban en las causas deliberativas, ó judiciales. No dexamos de oir freqüentemente sermones tan relevantes, y aun advertimos, que se dan á la luz algunos de ellos, se admiran, y con razon. En el siglo próxîmo pasado prevaleció verdaderamente en muchos sagrados Oradores aquel exceso, que los sabios desprecian en la Arquitectura, á saber, la demasía en los adornos. Iban entonces á porfia los Predicadores Evangélicos en la profusion de conceptos, aunque falsos, en la vanidad de las metáforas, en floridas semejanzas, y descripciones, en reflexîones galantes, ó agudas, todas afeytes, coloridos, y apariencias, que no adornaban, antes bien confundian la natural hermosura de la palabra de Dios.

Ya mucho tiempo hace, que está desterrado de los sagrados púlpitos este malísimo, aunque ingenioso gusto, y ha vuelto á seguirse el sabio, y sólido modo de anunciar al pueblo las sagradas instrucciones del Evangelio, de tal suerte, que si se halla todavía algun sectario de aquellos vanos fantasmas, ó ridículos esfuerzos de ingenio, no logra hoy otra cosa que menosprecio, y compasion. Mucho debemos en este particular al célebre P. Pablo Séñeri el viejo.

Llamamos, pues, *Eloqüencia popular*, á aquella con la qual los Ministros de Dios sabiendo sujetar su ingenio al entendimiento regular del pueblo, le hablan de tal modo, que si no la gente rústica, é incapaz, todos comprehenden, ó pueden comprehender sus pala-

bras, y sentimientos; y como si se hubieran puesto á conversar familiarmente con los que los oyen, usan de un estilo acomodado á la comprehension de todo su auditorio. Puede ser escabrosa, puede ser profunda la doctrina que proponen; ¿pero qué hacen ellos? La explican, la desmenuzan, la hacen palpable, y haciéndose la cuenta de ser uno de aquellos, que no han estudiado siquiera una letra, y están presentes á oirlos, manejan de tal suerte aquella profunda materia, que se hace manjar agradable aun de los mas limitados entendimientos. No se hallan ya en la tela de sus discursos largos, y enredosos períodos, que fatigan al auditorio, obligado á demasiada atencion para retener el contexto de encadenamiento tan largo de palabras,

cuyo principio se halla muy distante del fin; sino que se sirven de pequeños miembros, ó bien de aquellos discretos, y breves períodos, de que se forma la conversacion regular aun entre la gente noble. No hacen ostentacion de sentencias agudas, para cuya inteligencia se necesita de la interpretacion, ó conviene que el oyente penetrante supla con su ingenio lo que no ha querido explicar el Orador. En una palabra, todo el que se aplica á la Eloqüencia popular, maneja su asunto con tal juicio, que tanto el ignorante, como el docto, pueden sacar gusto, y utilidad. Esta Eloqüencia puede exercitarse con Sermones estudiados, y aprendidos de memoria. Tambien hay muchos que la exercitan sin union alguna de sentidos,

y palabras, sin cansancio de la memoria, esto es, exponiendo las instrucciones Evangélicas solo con su natural facundia.

CAPITULO III.

Que el Predicador debe adaptarse á la capacidad de los oyentes.

No intento yo aquí disminuir el mérito, y excelencias de aquella Eloqüencia tan sublime, y magnífica de que han usado, y aun todavía usan algunos insignes Predicadores del Evangelio. Admirable fuerza (nadie lo puede negar) tiene esta para instruir, deleytar, y mover á los oyentes, y para persuadir al Christiano los deberes, y obligaciones de su vocacion, á fin de pasar aquí una santa vida, y conseguir despues la eterna. Seme-

jantes Oradores cumplen grandemente lo que escribió Ciceron, quando dixo: *Optimus est Orator, qui dicendo animos audientium, & docet, & delectat, & permovet. Docere debitum est; delectare honorarium; permovere necessarium* (a). Adviértense tambien felices efectos de esta artificiosa Eloqüencia en la conversion, y enmienda de los malos, y en la mayor perfeccion de los buenos. Injusto, é ingrato seria el que no la estimase en mucho, y el que no la colmase de alabanzas. Con todo eso pienso no se me impedirá el poner en comparacion suya la otra Eloqüencia que llamamos Popular, á fin de conocer qual de ellas sea mas conveniente, y fructuosa á la República Christiana. Conviene, pues,

(a) *Cicer. de Optimo genere Oratorum.*

notar que es lo que el sagrado Orador se propone al formar sus Pláticas, Homilías, ó Sermones. No otra cosa á la verdad, que lo que nos ha dicho el Orador Romano. A este blanco se dirigen una, y otra Eloqüencia. Su intencion es el enseñar, recordar, y repetir las celestiales máxîmas de la ley de Christo, y mover los ánimos para practicarlas en las acciones de la vida. No tienen, ni deben tener otra mira que esta los sagrados Ministros, y para obtenerla ponen en exercicio razones, autoridad, figuras, y todas las facultades de su ingenio. El deleytar no es de necesidad, y solamente puede ser util para hacer mas gratas las instrucciones, y las razones, de las quales, como de otras tantas baterías, se valen para bloquear el co-

razon del hombre. Antes del año 1600 se decia de tres famosos Predicadores, que el Padre Toledo de la Compañia de Jesus, y despues Cardenal, *enseñaba*: que Cornelio Musso, del Orden de Menores, *movia*; y que Francisco Panigarola, de la misma Orden, *deleytaba*. Quando este último no se hubiera atrahido el Pueblo (como en efecto se le atrahia) con otra cosa que con su estilo deleytable, con descripciones amenas, con agudezas, y otros esfuerzos de ingenio, vana hubiera sido su gloria; porque el placer no debe ser el fin del Orador, sino un condimento secreto de las verdades, y de las razones, usado con moderacion, pues de lo contrario toda su fatiga se reduce á vanidad. Y no faltó quien por esta razon atribuyese

semejante defecto al Panigarola, como se puede ver en la Pinacoteca de Juan Nicio Erytrhæo, sin embargo de que no faltaba en él un buen fondo de ciencia; y que tambien se pudiera atribuir á su admirable accion el placer principal, que sacaba la gente de sus discursos. Lo cierto es, que los dos primeros daban mejor en el blanco, porque al fin el oficio de los Predicadores no consiste en enviar gustoso al Pueblo, habiéndole hecho oir cosas agradables; sino en promover con fuerza, y seriedad la enmienda de las costumbres.

Esto supuesto, para que se pueda esperar fruto de los sagrados discursos, es necesario que los oyentes esten dotados de tal capacidad, que puedan entender al que les comunica la palabra de Dios,

é intenta enseñarlos, y conducirlos al amor del bien, y al aborrecimiento del mal moral. En las personas de buena inteligencia podrán hacer impresion las verdades eternas predicadas con viveza, y vigor de discurso, porque son comprehendidas, y del entendimiento pueden pasar facilmente al corazon. No sucede así con aquellos, que asistiendo á los Sermones sin tintura alguna de letras, ni de ciencias, y nada acostumbrados á la especulacion, oyen á un Orador, que habla en lenguage elevado, y diferente del regular: que extiende sutiles reflexîones, modos de decir figurados; y que trata de materias remotísimas de los sentidos. Es verdad que están presentes con su cuerpo al ingenioso discurso, y que resuena en sus oidos su

voz ; pero es aquel un lenguage tan extraño para ellos , que no puede penetrar sus embotados entendimientos. Por esta razon se puede decir con libertad , que el Orador magnífico fabrica para los doctos , mas no para los ignorantes. Nobles Predicadores, insignes Sermones se oyen de gran tiempo á esta parte en el Palacio Apostólico. Tales fueron el susodicho P. Toledo , el P. Oliva, y el Padre Séñeri el viejo : el P. Casini, despues Cardenal : el P. Barberini, despues Arzobispo de Ferrara ; y ahora el P. Miguel Angel Franceschi, todos tres del Orden de Capuchinos. Está bien el aparato de una Eloqüencia sublime para aquel magestuoso Cónclave , todo compuesto de ilustres Personages de literatura, y de elevados entendi-

mientos. Así como todo es allí adaptado á la comprehension de los oyentes, así ningun período, ninguna razon se usa, que no haga, ó pueda hacer impresion en su interior. Pero es indubitable que si semejante Eloqüencia se comunica á cabezas ignorantes, no penetrará en ellas. ¿Quereis que la semilla esparcida en un terreno pedregoso llegue á crecer, y dar fruto? Por consiguiente la mira principal del sagrado Orador debe ser el reflexîonar bien á quien tiene que hablar, y el repetirse á sí mismo muchas veces esta máxîma: mi oficio es instruir tanto á los doctos, quanto á los ignorantes: si mi auditorio está compuesto solamente de doctos, por mas que yo eleve mi discurso, y suelte la rienda á mi ingenio, me entenderán: si ha-

blo á ignorantes, solamente dicta la razon que me humille, y me haga niño para ser entendido de los niños. Mas si concurren á oirme tanto doctos, como ignorantes ¿qué es lo que debo de hacer?

CAPITULO IV.

Que quando se predica al Pueblo en las Ciudades, se debe anteponer regularmente la Eloqüencia popular á la sublime.

En las Ciudades, y otras crecidas poblaciones es costumbre, que una gran parte del Pueblo concurra á oir la palabra de Dios en las Catedrales, y en otras Iglesias principales, y Parroquiales. Ingenios todos de diverso calibre son los que van á prestar su atencion al Minis-

tro de Dios, como enfermos al Médico con el deseo de sanar. Quien hay que lleva llagas advertidas, ó no advertidas de pecados; quien floxedad, y tibieza en la vida espiritual; y todos la necesidad de la instruccion, jamas bastantemente reiterada, y repetida, para guardarse de las caidas, y para conocer, y libertarse de las fiebres del alma. Mas entre tanta gente apenas hay una tercera parte de literatos, é inteligentes: lo demas se compone de hombres sin letras, esto es, de ignorantes, que no llegan á comprehender la mitad de aquellos ingeniosos discursos: que no saben desenvolver aquellos tan enredosos períodos: que en muchos lugares no llegan á entender el significado de muchas palabras, y frases, á causa de

ser extrañas de su particular dialecto, especialmente si son trasladadas, llegando tal vez alguno al exceso de hacer hablar la prosa con estilo poëtico, como imitando en esto la vanidad mugeril, la qual se imagina parecer mas bella, quanto sus adornos son mas nuevos, y mas extraños. Reparad hasta donde se extiende el saber de las mugeres, que por lo comun forman la mitad de un auditorio. Poquísimas me mostrareis, que ademas de saber leer, y escribir, tengan tintura alguna de las ciencias. No suele ser mas rica, y afortunada una gran parte de la plebe de los hombres, que asiste tambien al Templo para aprender las obligaciones del Christiano. Preguntad ahora al sublime Orador ¿qué intencion sea la suya en decir á

este Pueblo tan diverso, un discurso tan elevado? Caso que piense promover el provecho espiritual de todos estos oyentes, plegue á Dios, que el efecto corresponda al deseo. El manjar, que indiferentemente presenta á todo su auditorio, es manjar fuerte. Lo mascara, y digerirá con facilidad una tercera parte de los oyentes, siendo, como suponemos, intelipentes; pero no alcanza á ello el estómago de las otras dos terceras partes á causa de ser ignorantes. Estos necesitan de leche, ó de otro alimento ligero, y proporcionado á la debilidad de su estómago, pues lo contrario es saciar el apetito de pocos, y dexar en ayunas á los mas de los oyentes; los quales van sí recogiendo lo poco que pueden de aquel discurso ingenioso; pero

al fin conocen, y confiesan, que no se ha hecho para ellos, sino para quien goza mayor privilegio, y capacidad de ingenio.

Esto supuesto, hemos de ver si será razonable, y útil el usar antes de la popular, que de la sublime eloqüencia, con un auditorio igualmente compuesto de doctos, é ignorantes. Al modo que Dios no es aceptador de personas, tampoco deben serlo sus Ministros. No puede agradar á nuestro comun Padre Celestial, que sus sagrados Ministros empleen su eloqüencia en dar gusto, y complacer solamente al concurso de nobles, y literatos, descuidándose entretanto de la muchedumbre mas numerosa de los pobres ignorantes. ¿Pesa acaso mas por sí misma en la balanza de Dios el alma de un

rico, que la de un pobre? Imaginen, pues, tan eloqüentes Oradores, que el Supremo Señor podrá alguna vez pedirles cuenta de tanto esfuerzo de sus ingenios para enseñar, y corregir el pequeño número de los inteligentes, sin tomarse igual empeño en instruir, y enmendar la abundancia excesivamente mayor de los que comprehenden poco. Estos Oradores deseáran tener un numeroso auditorio á sus sermones; pero han de tener entendido, que muchos, y muchas se abstienen de freqüentar su escuela, no por otra razon, sino porque aunque oyen la palabra de Dios, no la entienden: *Audientes non audiunt, neque intelligunt* (a); y esto no por culpa suya, ó castigo de Dios, sino por de-

(a) *Matth. cap.* 13. *v.* 13.

fecto de quien los habla, no dexándose entender. ¿De qué sirve, dicen estos, ir á recalentar aquellos bancos, ó á estarse en pie una hora, para recibir un alimento, que no se ha hecho para nosotros? No espere semejante acogimiento el Orador, que debiendo sembrar el grano Evangélico sobre un pueblo compuesto, no solo de doctos, sino tambien de una grande mezcla de gente falta de letras, se sirve de la eloqüencia popular, esto es, de una doctrina, y modo de decir, que llega, ó puede llegar á promover el provecho de todos. Dios, que nos quiere hablar por medio de sus Predicadores, desea sin duda que se toque al corazon de los doctos, y de los ignorantes igualmente; y que por tanto se use de un lenguage conocido para

instruir al entendimiento, y para vencer el corazon de cada uno. Si nos hubieran quedado los sermones que hacia el iluminado Apostol de las Gentes, hallaríamos que puntualmente exercia de este modo su sagrado ministerio. Por esta razon decia: *Græcis, & Barbaris, sapientibus, & insipientibus debitor sum*: ¡Oxalá que ninguno de los sagrados Ministros se olvidase de este saludable axîoma!

CAPITULO V.

Que la eloqüencia popular puede tener la virtud de aprovechar, y agradar tanto á los sublimes, como á los infimos entendimientos.

Es muy de creer que la mayor parte de los sublimes Oradores no

tiene otra intencion quando forma sus sermones, que la espiritual utilidad de sus oyentes, y que fuera de todo vano deseo de alabanza sutiliza su ingenio, á fin de hallar los modos mas fuertes, y deleytables para conseguir este tan laudable objeto. No obstante puede muy bien suceder que haya alguno que no repare bastantemente en un interior, y secreto movimiento del amor propio, que les excita á procurarse alguna fama por medio de aquellas sus tan estudiadas tareas. Acaso gustaría de que se dixese: este es un grande ingenio. ¡Qué bellamente piensa este profundo, é ingenioso Orador! A mas de uno de estos he conocido yo en mi juventud. Sahumaban (digamoslo así) sus discursos con ambar, y algalia, esto

es, con agudezas, y metáforas muy escogidas: hacian quedar estáticos á los oyentes con la viveza de sus descripciones, y pinturas, ya fuesen cosas, ya acciones. Por todas partes sobresalia la sutileza de su entendimiento, y la gallardía de su fantasía. Si hay en el dia alguno de estos desperdiciadores de su fecundísimo ingenio, no os lo podré yo decir. Lo que sé bien es, que el fruto de unos sermones alterados con tan grande ornato suele ser corto, si es que se saca alguno. Los mas del pueblo de los oyentes no llegan á comprehender por su debilidad el significado de aquellos tan adornados pensamientos. Y el que lo entiende se detiene en gustar, y admirar el ingenio del Orador, que hace en él grande impresion, y poco, ó

nada atiende al fin principal por que se instituyó la predicacion del Evangelio. Hallamos sin duda en nuestros dias reformado el gusto de los sagrados Oradores. Su lenguage es mas sólido, y mas serio; y no se dexa ver el ingenio en sus discursos tan á las claras como otras veces. Con todo eso era menester saber si se vale alguno de ellos de algun medio para ocultár inconsideradamente el deseo de darse á conocer por excelente ingenio. Lo que parece es, que hallandose un Orador en puesto tan elevado, solo atiende, á complacer á los ingenios nada vulgares, abandonando el cuidado de agradar al mismo tiempo al vulgo; porque si quisiera dar gusto tambien á las personas de la ínfima clase, le sería preciso humillar el estillo, perdiendo

el mérito de tratar solamente con los nobles ingenios. El quiere, é intenta parecer una aguila, y no ya un despreciable paxarillo, que barre el suelo con sus alas. Por esta razon seria bueno que todo el que está destinado al púlpito se exâminase sobre este punto, reflexîonando si mas por deseo de su propia gloria, que por la de Dios, y bien del próximo, se aplica á tan fatigoso, y santo exercicio. Bien puede ser que se halle cierto impulso de amor propio en aquel que descuidándose de hacerse comprehender del mediano pueblo, intenta solo agradar á la superior gerarquía de los sublimes entendimientos.

Fuera de todo esto, podemos en el dia mostrar muchísimos, que enteramente separados de todos sus

particulares intereses, llevan al púlpito sola aquella eloqüencia que puede aprovechar tanto al docto, quanto al ignorante oyente. No intentan estos, antes bien aborrecen, que al salir de la Iglesia vaya diciendo la gente: ¡qué grande ingenio es el de este Predicador! Su único deseo es, que despues del sermon salgan todos con la cabeza humilde, y puedan decir: este Orador (*a*) *verba æternæ vitæ habet*, nos da bien á entender lo que nos conduce á la vida eterna. Es culpa nuestra si no nos aprovechamos de tan claras, y eficaces lecciones de la voluntad de Dios. Sin embargo de que semejantes Predicadores no intentan en manera alguna lograr la fama, y alabanzas de los hombres, con todo inme-

(*a*) *Joann. cap.* 6. *v.* 69.

diatamente, aunque ellos no quieran, les sigue la gloria, y el aplauso. Dadme uno que predique con zelo, con gracia, y eloqüencia inteligible á todos, que desmenuce la doctrina del Señor, instruyendo en ella á los ignorantes, y reiterándola á los doctos, que descubra á todos sus interiores defectos con advertido exâmen de las regulares costumbres, vereis concurrir en tropel á oirle personas de todas clases, y ensalzarle como Médico enviado de Dios para curar las enfermedades espirituales de todos. No alabarán quizas su ingenio; pero sí elogiarán aquel fervor, y aquella lengua, que á todos habla, de todos se hace comprehender, y sin hacer demostracion alguna de su ingenio, únicamente se dirige á corregir á los malos, y á hacer mejo-

res á los buenos. Esta es la verdadera, y esencial fama, á la qual (si es que alguna desean) deben de aspirar los Predicadores del Evangelio, siendo superficial, y vana la del que solamente mendiga el aplauso de aquellos que únicamente se pagan de los dichos sublimes, é ingeniosos. Por otra parte tambien la popular eloqüencia puede contener grande ingenio, y el que mas abunde en él conseguirá aprovechar, y agradar mas al auditorio: oculto será el arte, pero manifiesto el provecho de todos. ¿Qué cabezas son las de aquellos, que dicen: *Loquimini nobis placentia* (*a*)? queremos oir cosas que nos deleyten, oraciones, que nada tengan de trivial, sublimes pensamientos, vivas reflexîones,

(*a*) *Isaiæ cap.* 30. *v.* 10.

truenos, relámpagos, y rayos. Los buenos, y verdaderos Christianos buscan quien cure su espíritu, y no quien excite la ambicion de su entendimiento, por cuya razon al que usa de una eficaz eloqüencia popular, con igual solicitud suelen concurrir doctos, é ignorantes, porque cada uno encuentra allí aquel sustento de que necesita su vida espiritual.

¿Quereis ahora palpar la preferencia, que merece esta eloqüencia sobre la sublime? Pues notad algunos sabios Predicadores. Despues de haber remontado sus sublimes vuelos en la primera parte de sus fatigas, y hecho admirar la elevacion de su talento á aquellos pocos dichosos, que pueden seguirlos tan alto, humanizándose en la segunda parte, se humillan hasta

la tierra, y comienzan á hablar familiarmente con el pueblo que los escucha. Aquí es donde grandes, y pequeños se sienten tocar en el pulso, y llega la medicina al corazon de todos. Aquí es donde cada uno aprovecha, llevando dentro de sí aquellos santos, y bien entendidos recuerdos, proferidos no por la vanagloria del ingenio, sino por el paternal corazon del Ministro de Dios, y el gusto de haber gozado no ya la deliciosa vista de un hermoso jardin, sino de haberse alimentado en un saludable convite ¿Pues á qué vendrá el no formar tambien con este gusto el exôrdio, y la primera parte, que es tan prolixa, y en la que se contiene la instruccion tan necesaria á todos? Reparad lo segundo en los exercicios espirituales santa-

mente introducidos, y practicados en la Iglesia de Dios. Concurren á ellos doctos, é ignorantes; y mas fruto por lo regular se recoge en estos, que en los sermones ¿De donde proviene esto? De que en los exercicios espirituales solamente se usa de un discurso inteligible á todos, y en ellos se presentan con claridad las verdades de que cada uno necesita, y no ya enredadas, y tal vez sufocadas con tanto exceso, y adorno de palabras. No faltará quien aquí se ria, y diga: pues que ¿no ha de haber diferencia entre el predicar del púlpito, y un discurso familiar de un retiro devoto? Sí señor, que ha de haberla. No se trata aquí de excluir del púlpito, antes bien se desea en él la eloqüencia. Pero qual? No la que aspira á adquirirse crédi-

to entre los doctos, y dexa en blanco la corta inteligencia de los mas del pueblo, sino aquella que está tan juiciosamente moderada, que conduce, ó puede conducir así al sublime, como al ínfimo pueblo al amor y temor de Dios, y á la consecucion de las virtudes. Tambien aquí puede, y debe entrar el ingenio, el estudio, y la industria del sagrado Orador, como dirémos mas abaxo. Y aun no será mucha osadía el decir, que siendo bastante dificil el dar gusto, y aprovechar con un discurso mismo á los sabios, y á los ignorantes, se requiere mas ingenio para conseguir estos dos bienes, que para intentar el dar gusto, y aprovechar solo á los inteligentes.

CAPITULO VI.

Que los preceptos de la Retórica no se conforman con la sublime eloqüencia, aunque sí con la popular.

Todo aquel que dotado de feliz disposicion se aplica al sagrado empleo de la Oratoria, suele primeramente consultar á los antiguos Maestros de la Retórica, Aristóteles, Demetrio Falereo, Dionisio Halicarnaseo, Ciceron, Quintiliano, y otros; pero con mas freqüencia alguna Retórica de escritores modernos. ¡Ah infeliz, si tropieza con alguna de aquellas, que enseñan el mal gusto! Y oh que feliz por el contrario si encuentra con otras compuestas por personas de exquisito juicio! Es ne-

cesario ahora observar, que los preceptos de los antiguos versaban, como todos saben, acerca de tres géneros de causas, y eran el *deliberativo*, que consiste en persuadir, ó disuadir alguna cosa: el *judicial* para acusar, ó defender alguna persona, ó accion; y el *demostrativo* para alabar, ó vituperar á un tercero. No necesita la sagrada eloqüencia del género *judicial*, porque no es oficio suyo el tomar acusacion, ó defensa de determinadas personas, y mucho menos el pervertir con los artificios al que oye, ó debe juzgar, como hacian los atrevidos Oradores Griegos, y Latinos. El género *demostrativo* le conviene para los Panegíricos, de los quales poco deseo tengo de hablar. El ordinario empleo de nuestros Predicadores consiste en el

género *deliberativo*, esto es, en procurar persuadir al pueblo las virtudes convenientes al Christiano, y al hombre de bien, y en hacerles aborrecer el vicio. En todo sermon ha de entrar tambien la *instructiva*, y hay sermones que únicamente se convierten en explicar al pueblo algun artículo de la Religion, ó dogma de Fé. Tres cosas, dicen los Maestros, debemos de considerar: quien es el que dice, que es lo que dice, y á quien habla. Es cierto que el Predicador es un Ministro enviado por Dios, para exponer, persuadir, y repetir las verdades, y preceptos de nuestra santa ley. ¿Y á quién? Al pueblo. De quienes se componga este, ya lo hemos dicho, y repetido. ¿Pues cómo se desatiende á la mayor parte de él, por ganarse la

estimacion, y buscar el provecho de unos pocos solamente? Preguntando Quintiliano, si en las *Oraciones suasorias* basta el persuadir lo util sin considerar al mismo tiempo lo honesto, escribe así (*a*): *Apud imperitos, apud quos frequenter dicenda sententia est, populumque præcipuè, qui ex pluribus constat indoctis, discernenda sunt hæc, & secundum communes magis intellectus loquendum.* Pero si echais á este pueblo abstrusas reflexîones, y doctrinas, y os valeis de palabras, y frases distantes de la comun inteligencia, ¿qué aprovechamiento podeis esperar de gente, que no llega á entenderos?

Añádase á esto, que todos los Maestros del bien decir requieren

(*a*) *Quintilianus. lib.* 3. *cap.* 8.

en los discursos de los Oradores la *perspicuidad*, esto es, la claridad. Ved aquí lo que escribe el Príncipe de los Romanos Oradores, y repite el dicho Quintiliano, quando dice (*a*): *Atqui satis apertè Cicero præceperat, in dicendo vitium vel maximum esse, à vulgari genere orationis, atque à consuetudine communis sensus abhorrere*. Por tanto deben atender los ingeniosos Predicadores qual sea su estilo, si tan adornado, tan realzado en los períodos, tan elevado en los sentimientos, que se separe de la comun inteligencia. Y quando fuese así, nieguen, si es que pueden, *vitium hoc vel maximum esse*, que este no es un grave defecto suyo. Vean si se puede decir de ellos lo que el mismo Maes-

(*a*) *Idem in Proœmio lib.* 8.

tro escribe en sus Instituciones: *Quod rectè dici potest, circumimus amore verborum; & quod satis dictum est, repetimus; & quod uno verbo patet, pluribus oneramus; & pleraque significare melius putamus, quam dicere: Quid? quod nihil jam proprium placet, dum parùm creditur disertum, quod & alius dixisset.* Y despues añade (*a*): *At ego otiosum sermonem dixerim, quem auditor suo ingenio non intelligit.* Por esto desea él, que no falte la claridad en los discursos del Orador, y que se usen palabras propias, y entendidas de todos, porque de este modo su discurso será aprobado de las personas doctas, y será al mismo tiempo util á los ignorantes. Por esta razon jamas será segun las re-

(*a*) *Idem cap.* 2.

glas de la verdadera eloqüencia la costumbre de aquellos, que en lugar de adaptarse al debil entendimiento de tantos oyentes, parece, que no estudian en otra cosa que en obscurecer los asuntos, hablando en ellos con tal finura de ingenio, que solos los doctos los comprehenden, pues parece que se avergüenzan de dexarse entender tambien de la pobre gente. Pues sepan que no tienen estos menor derecho que los sabios á la palabra de Dios.

Tanto mas debe el Predicador Christiano reconocer en este punto la obligacion de su eloqüencia, porque los Oradores Paganos dirigian todo su zelo en las causas judiciales para vencer á los Jueces; y en las suasorias para persuadir lo que querian á los mayores del

pueblo. Si obtenian este fin, bien habian empleado su industriosa elegancia. Mas en el auditorio de los fieles Christianos el Predicador zeloso, quando habla á todos, debe atender á hablar á cada uno en particular, como si no hubiera mas que aquel solo que le escuchase, pues á este fin concurre qualquiera persona al sermon, esto es, para instruirse en la ley del Señor, para moverse al bien, y contenerse, ó separarse del mal. A la verdad, que el que con la elevacion de sus discursos no cuida de ser entendido, sino de aquellos á quienes asiste un ingenio vigoroso, hace traicion al intento de Dios, á su obligacion, y á la necesidad de no pequeña parte de sus oyentes. Por esto San Agustin enseñando á los sagrados Oradores su empleo, les

encomienda especialmente la evidencia, y la claridad para hacerse entender de todos: *Quid enim prodest*, dice él, *dictionis integritas, quam non sequitur intellectus audientis, cum loquendi omnino nulla sit causa, si quod loquimur non intelligunt, propter quos, ut intelligant, loquimur?* Despues sigue diciendo, que el mejor modo de enseñar es, *ut qui audit, verum audiat, & quod audit, intelligat.* Si se puede obtener esto con grandes períodos, con modos tan escogidos de decir, con tantas sutilezas, ó ingeniosas obscuridades de la magestuosa sublime eloqüencia, preguntadlo al ínfimo pueblo, que sin embargo de estar atento al sermon, no ha comprehendido quizas la mitad, y aun sale tal vez sin saber deciros siquiera, qual

ha sido su asunto. Con la eloqüencia popular sí que se puede esperar tanto bien. Esta es una llave muy á propósito para abrir el corazon de todos, porque con ella facilmente se insinúan las palabras, las instrucciones, y las razones en el entendimiento de cada uno.

CAPITULO VII.

Que el ingenio, y el placer pueden tener lugar aun en la eloqüencia popular.

Quando se trata de la eloqüencia popular, que ha de usarse en el púlpito, no se piense alguno, que esta debe consistir en un tosco discurso, que desprecie todo adorno, y que nada cuide de deleytar al que le escucha. Si se ha de llamar eloqüencia, es preciso que se vis-

ta con aquellos vestidos, que prescribe el arte Retórica; con sola esta diferencia de la sublime, que la popular debe formar de tal manera sus discursos, que pueda instruir, y mover á grandes, y á pequeños, esto es, á cada uno del pueblo de los oyentes; en lugar de que la otra parece no tiene otro fin que instruir, y mover á los grandes, es decir, á solos los inteligentes, que no son regularmente muchísimos. Tambien convienen á esta todas las figuras oratorias, el modo adornado de decir, la distribucion de las razones, y la inventiva. Ha de trabajar el ingenio, pero sin manifestarse. Como pueda hacerse esto no podré yo explicarlo mejor, que con decir, que se debe hacer reflexîon en el discurso familiar de los hombres,

quando emprenden enseñar, y dar advertencias al que las necesita, ó en corregir sus pasiones, malas inclinaciones, ó errores manifiestos, ó en fortalecerlos para que se abstengan de ellos, como acostumbran hacer los sabios padres con los hijos, los buenos superiores con los inferiores. Todo el cuidado del sagrado, é ingenioso Orador ha de ser el de perfeccionar este familiar discurso, estudiando lo que tiene mas fuerza, y mas gracia para imprimir lo que pretende en el que le oye. Del mismo modo que hablaria no un hombre del vulgo, sino una persona de grande juicio, y de fecundo ingenio enseñando, exhortando, ó reprehendiendo á otro en un particular discurso, ha de formar tambien el Predicador en quanto sea posible

su razonamiento al pueblo, siendo este, aunque familiar, substancioso, vigoroso, y sobre todo explicado con hermosa perspicuidad, y claridad, esto es, con sentimientos, y frases nobles, pero entendidas de todos: no dudeis que moverá al mismo tiempo á los sublimes, é ínfimos entendimientos, tanto al docto, como al ignorante. Que esta universal ventaja no pueda esperarse de aquel que se presenta en el púlpito solamente con la pompa de la sublime eloqüencia, ya lo hemos visto. Este solo distribuye los tesoros de su ingenio á los que están provistos de ingenio. Piensa que habla con todos, pero mas de la mitad del auditorio se pone á bostezar, á causa de que aquellas profundas sentencias, y palabras no llegan á

su inteligencia, ni mueven su corazon.

Por lo que toca al deleytar, no hay duda alguna, que tambien la popular eloqüencia, manejada por habiles ingenios, puede causar placer á toda clase de personas. Dos son los gustos que se pueden experimentar quando se oye predicar la palabra de Dios. El primero consiste en observar los bellos adornos, con que el sagrado Ministro la presenta al pueblo, las ingeniosas reflexîones, los hermosos, y numerosos períodos, las vivas pinturas de las cosas, y otros artificios suyos, que hacen decir en secreto al oyente inteligente: ¡qué grande hombre es este, viva! El otro gusto es aquel que se experimenta al sentir que el Predicador os ha iluminado, os ha convenci-

do, y os ha movido con provecho de vuestra alma. Si no se saca otro gusto que el primero, ya se ha perdido el sermon. ¿De qué sirve el ir á oirle solamente por la vanidad de gustar, y admirar el ingenio del Predicador? Solo con el fin de aprender la ley del Señor, de hacerse bueno, ó mejor, ó de dexar de ser malo, se debe prestar el oido á los Predicadores Evangélicos. Si esto se logra, muy justo, y muy sólido es entonces el placer. Con mayor facilidad aún se puede obtener este bien del Orador popular, porque él, si cumple con su oficio, aun quando use de un grande ingenio, no lo da á conocer, y todos advierten la fuerza, y claridad de su decir, sin distraerse por la consideracion de los esplendores, ó brillanteces del in-

genioso Orador. El ingenio descubierto puede muy bien causar detrimento, porque la atencion del oyente se detiene en mirar con reflexîon aquel adorno, y no atiende á lo que importa, esto es, á la substancia del sagrado discurso. Tambien podria suceder, que ocupándose el mismo Orador en llenar de ingeniosas expresiones, y donayres su discurso, deleytáse ciertamente al que le oye, pero no consiguiese aquel fin primario, y esencial, que debiera prefixarse todo el que ha sido elegido para tan importante ministerio. Ahí tenemos los sermones de San Pedro Crisólogo. Este Padre tiene claridad con que se dexa entender de todos, porque se sirve de un estilo conciso, de sentencias naturales, y de explicaciones muy ido-

neas de las divinas Escrituras. Sin embargo, habiendo él puesto todo su conato en hacer florido aquel su estilo con contrapuestas, é ingeniosas reflexîones, y estas continuadas de principio á cabo, acertó, sí á deleytar mucho á sus oyentes, mas parece que no tanto á dirigir con fuerza las verdades, y á mover su corazon. Se adquirió verdaderamente el título de *Crisólogo*, esto es, de *pico de oro*; pero se puede dudar por qué lo mereció. Aquel querer usar tanto de conceptos, y con paso siempre uniforme, es un dulce, que sacia presto, y viene á parar en fastidio. No sé por que algunos refirieron que en el sermon treinta y cinco de la *muger que padecia el fluxo de sangre* habló con tal vehemencia al pueblo, que perdida la

voz quedó mudo, sacando esto del sermon 86. Nada de esto resulta de los mismos sermones; pero sí permaneció sin predicar algunos dias por otra causa. Por tanto el sermon popular no se ha de perder en afectaciones de ingenio, sino contenerse en lo sólido inteligible. Habrá en lo interior de él grande arte, y grande ingenio, mas no lo suele conocer el oyente: solo á los Maestros ha de estar reservado el conocer quanta sea la finura de aquel trabajo. Puede observarse esta hermosa ventaja en los sermones del P. Carlos Ambrosio Cataneo, formados con popular eloqüencia. Llano, y familiar es su estilo, pero instruye, mueve, y deleyta á qualquiera. Os parecería á vosotros poder hacer otro tanto si predicarais; pues en las

pruebas os hallarais frustrados. Tambien el P. Pablo Séñeri el joven, como hice ver en su vida, no usaba otro estilo que el popular; y con todo predicando al ínfimo pueblo, arrebataba tambien el corazon de los mas elevados ingenios.

CAPITULO VIII.

Que los principales Padres de la Iglesia prefirieron la popular eloqüencia á la sublime.

No es invencion de mi debil ingenio el proponer una eloqüencia que conduce al amor de Dios, y de las virtudes, sino el mismo método de predicar la divina palabra, que practicaron los mas célebres Padres de la Iglesia de Dios. Entre ellos escojo tres, á saber, San Basilio, San Juan Crisóstomo,

y San Agustin, todos maravillosos ingenios. Si hubieran querido estos seguir el rumbo de la sublime eloqüencia, ¿qué no hubieran podido hacer? San Basilio habia estudiado la eloqüencia con Libanio, y en Atenas. El Crisóstomo pasó desde el foro á la Iglesia, y al sagrado púlpito. Es notorio que Agustino fué Maestro de Retórica, y de ingenio tan estupendo, que delante de él cede la soberbia de todo el que se reputa por muy ingenioso: ¿mas de qué modo daban ellos al pueblo los documentos del recto, y christiano vivir? No con la excelencia en el decir, ni con elevarse sobre el comun entendimiento de los oyentes, sino con tales razones, y palabras, que qualquiera podia sacar aprovechamiento. Los autores de sus vidas,

y los exâminadores de sus obras han notado, que las homilías, ó sermones de todos tres fueron en gran parte no aprendidas, y compuestas de memoria, sino dichas de improviso, ó, como vulgarmente se suele decir, predicadas de repente. Estamos en esta parte obligados á los escritores, dichos notarios, que nos las han conservado, esto es, á personas adornadas de un arte bastante considerable, sabida muchos siglos hace. Con ciertas notas, ó cifras, cada una de las quales significaba una, ó mas palabras, y con una admirable velocidad recogian estos todo lo que decia el Orador de repente, ó lo que se hablaba en los sagrados Concilios, y en otras ocasiones, de modo que el repentino discurso de otro se hallaba enteramen-

te expreso en aquellas notas. Yo he visto un antiguo Código escrito con semejantes cifras. Hablando pues aquellos Padres repentinamente, bien advierten todos, que sus discursos no podian ser, como son los de algunos, que estan alambicados por el estudio; pero sí familiares. Y como ellos eran personages dotados de singular ingenio, y su cabeza un rico almacen de ciencia, así aquellas palabras suyas salian llenas de jugo, y hacian conocer una feliz elegancia, pero sin dexar de ser llanas, y familiares. Otras Homilías suyas fueron seguramente fabricadas con estudio, y dichas de memoria, aunque sin embargo parecen formadas con tal moderacion, y delicadeza de ingenio, que aquel manjar se encuentra conforme al estómago de todos.

El que lee las Homilías de San Basilio encuentra por todas partes esta esencial ventaja. No es pomposo su estilo, antes es llano, pero fuerte, y con una relevante claridad siempre deleytable, y especialmente donde fertiliza el asunto con hermosas, y nada afectadas descripciones; y los pasages de las sagradas Escrituras, mas parecen (digamoslo así) nacidos en el discurso, que traidos á él. En suma se vé, que su fin es instruir, y aprovechar á todos. En quanto á San Agustin, facil es de advertir su grande solicitud en hacerse entender de toda clase de personas. O bien fuese que predicase de repente, ó bien con sermones trabajados de antemano, siempre advertireis, que él habla familiarmente á su pueblo, no dilatando la

doctrina, y las reflexîones con largos períodos, sino usando de un modo conciso de decir con preguntas, y con figuras, que caben en el trivial discurso de los hombres. Y si sale tal vez fuera del asunto, no por esto le abandona, sino que todo lo dirige á enriquecer de instrucciones á sus oyentes. No se puede negar que por todas partes sobresale el ingenio de aquel grande hombre, del qual abundaban los celebros Africanos, y sobre los demas el de San Agustin. Mas su ingenioso decir no nacia del estudio, ni servia de obscurecer las cosas, sino de hacer claras las obscuras, de tal modo, que nadie quedaba sin entender sus reflexîones. Vamos á San Juan Crisóstomo. No habrá, creo yo, quien no tenga por justo el juicio de tantos hom-

bres grandes, que han afirmado que en él tenemos el perfecto, y único modelo verdadero del Predicador Christiano. De dos géneros son sus Homilías. En parte de ellas con la divina Escritura en la mano, leido que habia un versillo, explicaba admirablemente su literal sentido; y pasando poco á poco los demas, hacía la explicacion de ellos, induciendo á observar tantas incógnitas bellezas, y por fin pasaba á la moralidad. En las otras, tomando un texto solo de los sagrados libros, como tambien se practica hoy dia, predicaba contra qualquiera vicio, ó exponia las excelencias de alguna virtud. Por mas que busqueis el ingenio en sus discursos, os parecerá que no se halla en ellos. Con todo eso se puede en cierto modo decir, que todo es

ingenio, pero oculto el artificio de sus sermones: tan juiciosa es la distribucion de las cosas, tanta la abundancia de su doctrina, y tan sensible la fuerza, y juntamente la claridad de sus razones. El se dirige á buscar lo mas íntimo del corazon humano, y pintando vivamente la fealdad del vicio, y la hermosura de la virtud, imprime en todos el horror al primero, ó el amor á la segunda. En suma, ninguno mejor que él instruye, convence, y mueve; y sin que gaste palabras, ó sentimientos ingeniosos para deleytar, lleva siempre el oyente el sólido, y substancial gusto de haber aprendido, ó advertido mejor lo que se ha de huir, ó seguir en la vida del Christiano.

Ahora esta tan nerviosa, aunque escondida eloqüencia, que no

hace ruido con agudezas, con vivas figuras, con bizarras narraciones, ni con otros afeytes de la escuela oratoria de los antiguos, y de algunos modernos, ¿será acaso una mesa donde solo se sienten los sabios, y doctos? No por cierto. A ella es convidado todo el pueblo, á excepcion de algunos pocos negados, y necios, que en ningun pais faltan. La eloqüencia del Crisóstomo tiene la admirable prerogativa de ser al mismo tiempo sublíme, y popular. Todos pueden entender, y aprender lo que debe el fiel de creer, y obrar. Y son bien suficientes estos tres grandes exemplares para concluir que ventajas trae consigo la eloqüencia, que habla á todo un auditorio, y ningun otro oficio prescribe al ingenio del Orador, que el arre-

glar, y domesticar tan sabiamente el asunto tomado, que llegue al entendimiento, y al corazon, así de los doctos, como de los ignorantes. Por este mismo camino dirigieron tambien al pueblo las divinas palabras otros Santos Expositores antiguos, quales fueron Orígenes, San Efren Sirio, San Gregorio Niseno, ó entre los Latinos San Gregorio el Grande, San Máxîmo, San Gaudencio, sin embargo de que en estos últimos se hallan algunas cosas, que no se deben imitar, como dirémos de aquí á poco. Ni sirve el alegar algun otro de ellos, que parece haber realzado el estilo mas de lo que permite la capacidad del ínfimo pueblo, co- San Leon Magno, y San Ambrosio. Es cierto que es magestuosa la eloqüencia del Pontífice San Leon,

y muy estudiados sus períodos. Pero sin embargo su modo de decir no excede las fuerzas del popular auditorio. Gran claridad, elegancia, é ingenio sabía usar quando queria el Santo Arzobispo Ambrosio; mas con todo hallamos muchas veces tan abstruso su modo decir, que es preciso aguzar el entendimiento para comprehenderlo. Nosotros carecemos de los sermones suyos, que predicaba al pueblo, ó bien de repente, ó preparándose con el estudio. El reducia despues á tratados, ó libros aquello que habia predicado desde el púlpito, y añadia varios adornos, sin que se manifestase mas la forma primera de sus populares discursos. Que exponia la palabra de Dios en un modo util á todo el auditorio, tenemos por testigo á

San Agustin, que escribe así (*a*): *Eum quidem in populo verbum veritatis rectè tractantem omni die Dominico audiebam*; y despues vuelve á decir (*b*): *Sæpè in popularibus sermonibus suis docentem Ambrosium audiebam*. Por tanto concluyamos, que la costumbre de todos, ó al menos de todos los mas sobresalientes Padres de la Iglesia de Dios, fué el concertar tan arregladamente su eloqüencia, que igualmente sirviese á la instruccion, correccion, y provecho, tanto del sublime, quanto del ínfimo pueblo.

(*a*) *S. August. Confession. lib.* 6. *cap.* 3.
(*b*) *Ibid. cap.* 4.

CAPITULO IX.

Como se ha de servir la sabia eloqüencia de las divinas Escrituras en las sagradas predicaciones.

No es, ó no debe ser otra cosa un sermon de un sagrado Ministro, que un presentar, explicar, y desmenuzar al pueblo alguna verdad, que nos ha revelado Dios en las Escrituras de uno, y otro Testamento, para enseñar lo que conviene creer, ú obrar en la santa Religion que profesamos. El modo regular de formar los sermones es el tomar un paso de aquellos santos libros, que sirva de fundamento á todo el edificio. Otros se suelen traer, ó para dar mas fuerza al tema, ó para prueba de las varias razones, y proposiciones, que se mezclan

en el discurso. Todo el tesoro á que echaban mano los Santos Padres para predicar, consistia en el uso, y en la recta aplicacion de aquellas celestiales palabras; y aunque muchos de ellos conocian muy bien los mas antiguos Intérpretes, ó Predicadores de la santa ley, con todo jamas alegaban sus autoridades, ni paso alguno de sus obras. No es poco diverso el modo con que se procede en nuestros tiempos. Por lo comun los sagrados sermones se atestan de palabras de Santos Padres, lo qual no dexa de ser laudable, siempre que se escojan para hacernos entender mejor el verdadero sentido de los divinos libros, y para imprimir mas eficazmente en nosotros las instrucciones de la fé, y de la recta moral; porque mas crédito suele

tener entre los fieles oyentes el dicho de aquellos eminentes, y santos sugetos, que el del vivo Predicador. Pero convendria escoger lo sólido, y substancial de sus tratados, ó sermones, y no aquello que es solamente sombra, y apariencia, como practican algunos, que no cogen de ellos otra cosa, que sentidos picantes, y agudezas. Llegó en nuestros dias un Escritor á enseñar á los Predicadores el camino seguro de la fama, manifestando, que debian predicar á la Tertuliana, esto es, bordando todos sus dichos con las ingeniosas obscuridades, y agudas reflexîones de un Tertuliano. Otros ha habido ademas, que han caido (digamoslo así) en tan grande vileza, que han llevado al púlpito la autoridad de los modernos in-

terpretes de los divinos libros, copiantes por lo regular de los Santos Padres, cuyo consentimiento forma la verdadera inteligencia de las divinas Escrituras. Teniendo nosotros las fuentes, ¿á qué viene el acudir á los arroyuelos? Peor pues seria si se traxesen solamente vagatelas de estos modernos Expositores, como en tiempos pasados hacia alguno con las bellas invenciones del Silveyra.

Volviendo ahora á las santas Escrituras, es preciso repetir, que en el uso de estas debe consistir el nervio principal de los sermones. Mas no todos advierten qual deba ser este uso. En aquellos libros dictados por el Espíritu de Dios hallan los Teólogos muchos sentidos, á saber, el literal, el alegórico, ó tropológico, el anagógi-

co, y el moral. Digamoslo en pocas palabras. No deberia el sabio Predicador usar aquellas celestiales palabras sino en su significado literal, ya sea para probar algun dogma digno de creerse, ó ya para imprimir en los oyentes algun documento moral. Todos los Maestros convienen en que para bien fundar la doctrina teológica, ó moral, conviene usar solamente de este sentido, con tal que sea sólido, y verdadero. Los demas sentidos se reducen á argumentos de poca subsistencia. No obstante respecto de los sermones donde aun á lo verisimil no se niega la entrada, es creible que se puede igualmente dar lugar á lo alegórico. En efecto es antiquísima la costumbre de hallar alegorías en todos los hechos referidos por las Escrituras canó-

nicas, habiéndolo practicado así Filon, los Esenos, y otros antiguos Judíos. Vinieron los Christianos, y se dieron á imitarlos, tanto mas porque el Apostol escribió á Timoteo (*a*): *Omnis Scriptura divinitus inspirata utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia*; esto es, para enseñar lo que se debe creer, para corregir los errores, para enmendar los vicios, y para instruir en las obligaciones del hombre justo. Por tanto imaginaron, que qualquiera hecho contado en los sagrados libros debe contener algun misterio; y de aquí provino, que recurriesen á las alegorías, y en todas partes les pareció encontrar alguna instruccion util al alma christiana. Tal vene-

(*a*) *Epist. 2. ad Tim. cap. 3. v. 16.*

racion pues debemos todos profesar á los Santos Padres, que no debemos vituperar este modo de interpretar las santas Escrituras. Orígenes especialmente fué su gran promotor, y de él se sirven tambien los Santos Ambrosio, Augustino, Cirilo Alexandrino, Gregorio el Grande, y otros, como se puede ver en sus sermones. Con todo no será temeridad el decir, que estos sentidos alegóricos, y anagógicos sacados de la Escritura, ni aun en los sermones tienen fuerza alguna para enseñar las verdades, convencer, y mover, á excepcion de aquellas alegorías, que hallamos expresas en el Sagrado Texto, y autenticadas por el Espíritu Santo. Quando el Predicador saca á la luz tan ingeniosos descubrimientos, la gente grosera

no entiende por lo comun aquellas sutilezas, y todas las personas inteligentes advierten, que el paso de la Escritura no contiene aquel sentido, y que no es otra cosa, que un trabajo de la fantasía del que habla. No es el Espíritu de Dios el que entonces nos presenta una verdad, como sucede en el sentido literal, sino el ingenio del Orador es el que arbitrariamente ha fabricado aquel sentido alegórico, ó misterioso. No siendo este una instruccion cierta, no puede hacer impresion alguna á los oyentes. Hallamos por exemplo, que S. Agustin suelta la rienda á su ingenio para hacer ver, á manera de los Pitagóricos, que el número de los treinta y ocho años del enfermo, hallado en la Probática Piscina sin haber sanado, y en

el de los ciento y cincuenta y tres peces cogidos en un tiro solo de la red de los Apóstoles, se halla un misterio. Es maravilla, si al oir tan violenta interpretacion no se fastidia el pueblo. ¿Cómo se ha de probar que la intencion del Espíritu Santo ha sido el darnos allí aquel documento? Por esta razon será el mas útil, y seguro partido de los sagrados Oradores el de aquellos que no citan sino pasages de los santos libros en su sentido literal. En ellos es Dios el que habla, y no el ingenio del Predicador: ¿y faltan por ventura semejantes pasos para qualquiera asunto que se halle? Estos son las armas, y flechas mas á propósito para expugnar el corazon del hombre. Atended tambien al gran Maestro de la Eloqüencia chris-

tiana, á saber, el Crisóstomo: su tesoro de ciencia quasi siempre le subministra solo el sentido literal de los divinos libros, sin perderse en producir devotas imaginaciones, y ya sean palabras, ó ya hechos, saca de ellos lo moral con una fundamental instruccion de su pueblo.

CAPITULO X.
De la amplificacion.

Algunos sagrados Oradores modernos tienen puestos tres quartos de hora como por tasa para predicar á su Pueblo, otros llegan á una hora, y pocos á cinco quartos. Tengo por firme, que los primeros lo aciertan mejor. En aquel espacio de tiempo se puede regularmente decir todo lo que ocurre

concerniente al asunto, y no se cansa á los oyentes. Aun por una hora puede oirse sin molestia un Orador elegante; pero si él excede esta medida, corre peligro de fastidiar, tanto á doctos, como á ignorantes. La Música por bella que sea, si se alarga demasiado, cansa, y enfada: ¿pues quánto mas un discurso que pide grande atencion? Supuesto, pues, hasta quánto tiempo se debe extender el sermon, el inteligente en su ministerio, y abundante en conocimientos, propone en pocas palabras el asunto; y habiéndole dividido, si le pareciere, en dos, ó tres puntos, regularmente se dirige á sacar á luz las doctrinas, y razones oportunas, y al fin con la peroracion intenta recoger el fruto de su fatiga. Pero hay en esto una gran diferencia. En los mejores

Oradores no se halla un sentimiento, una palabra, que no convenga al asunto: todo tiene fuerza, y todo conspira á hacer entender, y persuadir lo que se quiere. Mas hay otros, que sabiendo ser permitida, y aun alabada la amplificacion en las Oraciones, aunque sin saber en qué consista esta, verdaderamente se dan á explicar, y dilatar de varios modos la misma proposicion, siendo esta muchas veces facil de comprehenderse; porque en las dificiles es permitido, y aun necesario el aclararlas, advirtiendo sin embargo S. Agustin (*a*), que semejantes cosas, *in Populi audientiam, vel raro vel numquam mittendæ sunt.* Observad, pues, los sermones de semejantes Oradores, y advertireis, que son

(*a*) *Aug. lib.* 4. *cap.* 9. *de Doctrin. Christian.*

muchas las palabras, y pocas las cosas. No queremos á la verdad que el Predicador diga mucho en poco, pues él ha de acomodar su eloqüencia aun á la necesidad de los limitados entendimientos; pero tampoco deberia decir poco en muchas palabras. Siendo joven, frequenté los sermones de un acreditadísimo Orador: todo me parecia excelente. Ya hombre hecho, volví á oirle, y hallé tal vez crias, y superfluos follages. Era sin embargo tanta la virtud, y la fuerza de su decir, que en esto no se reparaba, y su auditorio se partia regularmente convencido, y conmovido.

Otros hay que para llenar la medida destinada para su trabajo comienzan por un trabajado, y largo exôrdio, en el que proponen por fin el asunto que se ha de tratar. ¡Tan-

tas palabras para esto solo! El mismo Quintiliano advertia, que en las Suasorias conviene un breve proemio. Seguid despues al Orador, y notad quánto tiempo emplea en referir, y adornar un hecho de las divinas Escrituras, sino es acaso tomado de las historias profanas, lo qual no hacian los Santos Padres, porque estaban persuadidos que las mismas Escrituras subministran abundantemente todo quanto puede necesitar el Predicador para abrirse camino al sentido moral, en el que debe principalmente consistir la instruccion, y correccion del pueblo. Otros que aspiran á la gloria de ser llamados Escriturarios, acostumbran llenar otro hueco de sus sermones proponiendo una qüestion sacada de los mismos divinos libros, ya de

un pasage obscuro, ó ya de una aparente contradiccion en los hechos, ó en las palabras del sagrado Texto. Y aquí copian un retazo del Jansenio, Obispo de Gante, y de los Intérpretes, y Comentadores de la misma Escritura, y de esta suerte continúan el sermon. No seré yo tan temerario que repruebe poco, ni mucho semejante costumbre. Muchos Santos Padres tenemos que han ido por este camino, y siempre es ganancia para los Fieles el penetrar en los arcanos, y el discernir el verdadero sentido de aquellos libros, que Dios ha destinado para nuestra saludable instruccion. Sin embargo diré que los antiguos Padres entraban en semejantes consideraciones, y explicaciones de las Escrituras, porque se ponian de propósito á exponerlas,

é ilustrarlas, aclarando sus dificultades. Todo el pueblo podia entenderlo, siendo como era entonces el latin la lengua vulgar del Occidente, como el griego del Oriente, y el siriaco de la Syria. Hoy dia el pueblo, que por la mayor parte no entiende el latin, poco, ó ningun fruto lleva á casa de aquellas doctas explicaciones, y el aprovechamiento se queda sólo para los literatos. Ademas de que hay algunos que fuera de propósito hacen ostentacion en sus sermones de esta erudicion, por lo qual viene á reducirse á un vano engreimiento. Será, pues, lo mejor el abstenerse generalmente de semejantes disputas, insistiendo sobre el asunto con pasages claros de las Escrituras, y con fuertes razones, y entonces solamente será

lícito, y loable el entrar en ellas, quando algun pasage, ó caso de los divinos libros parezca oponerse al asunto mismo. El Crisóstomo explica admirablemente las Escrituras, quando emprende este asunto. Pero en sus homilías únicamente morales, no suele mezclar semejantes qüestiones; y exemplo de tan excelente Maestro, es muy digno de que le sigan los sabios Predicadores.

Mucho mas reparables son otros, que yo no sé si por suplir la pobreza de sus facultades, ó bien por la vanidad de hacer conocer al Pueblo, que ellos han estudiado la Teología Escolastica, y son Maestros de ella, producen en sus sermones alguna qüestion sacada de la misma Teología. No advierten, que esta es mercancía

echada al viento, y que el Pueblo no llega á aquellas sutilezas, ni necesita de tan sublimes lecciones. Para las Cátedras, no para el púlpito, se han hecho semejantes pasatiempos. Si atendieran entonces los Predicadores al semblante de los oyentes, muchas veces echarian de ver lo que es inutil, ó no hace fuerza en sus discursos. En suma, el prefixarse por medida regular de los sermones el tiempo de una hora, es causa muchas veces de que en ellos se mezclen muchas vagatelas, ó que se introduzcan cosas, y palabras superfluas. Cánsase el ingènio amplificatorio para extender, y adornar una proposicion, y despues de varias vueltas, y revueltas no recoge el oyente, sino lo que habia entendido al principio. No quiero yo por esto

reprobar la amplificacion; sino que quiero solamente decir, que esta debe ser substancial, y no afectada. Atended á la que usan el Crisóstomo, y San Agustin. En el primero particularmente se nota, que siempre adelanta: no emplea afluencia de palabras, sino sentidos útiles, y aun muy de ordinario se entra en el asunto sin preparar al oyente con estudiados exôrdios, y así hace tambien S. Agustin. Regularmente tenian ellos por perdido aquel tiempo, con todo de que sabian lo mucho que los profanos maestros de la Eloqüencia escribieron sobre la formacion de los mismos exôrdios. Y supuesto que hemos dicho, que hoy en dia los mas del pueblo no entienden el latin, y los Predicadores están destinados para explicarles el texto latino de los divinos

libros que no comprehenden, sería muy conveniente que presentasen á los oyentes aquellas celestiales palabras tambien en lengua vulgar, para que á lo menos por este medio fuesen ellos igualmente admitidos á la inteligencia de unos libros tan importantes para la instruccion, y santificacion de todos. Basta para esto el tener presente, que el Predicador no habla con los literatos solamente.

CAPITULO XI.

De la accion conveniente al Predicador Christiano, con otras observaciones.

Grandes cosas dixeron los antiguos Maestros Gentiles de la Retórica, y Eloqüencia sobre la accion de los Oradores, que consis-

te en la hermosura, y plegaduras de la voz, y en el bien ordenado movimiento del cuerpo con que se acompaña el decir. No sé como Demóstenes llegó á creer, que en la accion principalmente residia el buen éxîto de la Eloqüencia. En efecto nosotros experimentamos, que la diversa melodía de la voz, y la bella gracia del que dice nos tiene atentos, nos deleyta, y arrebata. Esto es efecto de aquella secreta música, y del bien concertado movimiento del que discurre. Dichòso el que tiene este don de la naturaleza! Digo de la naturaleza, porque bien puede el arte ayudarle, y mejorarle; mas si el buen fondo no proviene de un talento natural, no se llegará jamas á la excelencia de la accion. El que ha sacado una voz debil, esté en la

firme inteligencia de que si se pone á predicar, hará bostezar al auditorio. El que solo lleva al púlpito la Monotonia, es decir un invariable tono de voz, es muy facil que fastidie, á lo menos no deleytará. El continuado exercicio en cantar psalmos puede fortificar la voz, y subministrarla diversas flexîones. Sin embargo, esto no llega á suplir aquella ventaja, que ha negado la naturaleza. La voz fuerte goza el privilegio de sojuzgar el oido de los oyentes, y de tenerlos atentos; pero no suele mover sus ánimos, si no es flexîble, mas que al terror. Al contrario una voz de buen metal, clara, delicada, que sabe pasar de lo grave á lo agudo, y acomodarse á los varios afectos que quiere mover el Predicador, esta con un secreto encanto

atraerá á sí á los oyentes, y hará que agrade quanto dice. Mas supuesto que no está en nuestra mano el nacer como quisiéramos, no por esto ha de dexar de esparcir la semilla del Evangelio, el que por obligacion, ó por impulso de Dios es llamado á tan santo ministerio. Con el continuo predicar, su áspera voz se suavizará, y la debil se fortalecerá, como le sucedió á San Bernardino. Dadme uno que tenga, y sepa mostrar su zelo por el bien de las almas, y que hable con afecto al pueblo, qualquiera que sea su voz, servirá muy bien para su intento, y conseguirá con ella fruto. Hay algunos aptos para enseñar, y convencer; mas no saben, ó no pueden tocar las cuerdas que mueven. Otros tienen una maravillosa energía (y aun á esto

contribuye bastante la voz) para excitar en los oyentes el terror, el amor, el odio, la compasion, las lágrimas. El que no lo pueda todo, debe hacer á lo menos aquello que le sea posible. Vuelvo sin embargo á decir, que mucho podrá hacer el que dá á conocer su zelo, y usa en quanto puede el afectuoso hablar de un buen padre, que exhorta, y corrige á un hijo que ama. El hacer esto está en mano de todos. Si no tienen habilidad para mover las lágrimas, pueden muy bien tenerla para mover el corazon. Aquellos que hablan solo al entendimiento, y se descuidan de hablar al corazon de los oyentes, pierden lo mejor de sus fatigas.

Por lo que toca, pues, al semblante, y al gesto, tambien este se ha de proporcionar á quanto dice el

Predicador, pudiendo ciertamente dar fuerza, y gracia á sus dichos. Mas no penseis, que á un Ministro de Christo en el púlpito puedan convenir otro semblante, ni otros gestos mas que los de la humildad, y de la modestia. Yo he conocido algunos, que en el púlpito se baxaban, se torcian, y meneaban los brazos quanto podian: brincando aquí, y allí, repartian estocadas á todas partes; no debian estos de saber bien qué cosa es la gravedad. Otros con curiosos estiramientos de cuerpo imitaban á un pecador desesperado, á un Martyr en el potro, á una alma condenada. Entre otros conocí á un Predicador grande á la verdad, pero perezoso, y flemático, que habia compuesto varios sermones fuertes, aunque algunos adocena-

dos, sin cuidar jamas de corregirlos; y quando predicaba estos últimos, se figuraba poder darles mayor realce agitándose un poco mas de lo que acostumbraba; pero aquellos pobres sermones quedaban, no obstante esto, como eran, y él con todo su sudor no los hacia crecer el peso de un grano. Ciertamente, que el que va á oir la palabra de Dios no piensa en ir á una comedia. El púlpito ha de ser un teatro, no de la vanidad, sino de la humildad, y de la modestia; y esta debe manifestarse tanto en los gestos, como en el semblante, en los ojos, y en el proceder del Predicador. Tal era la gravedad no afectada, sino sincéra de algunos piadosísimos, y excelentísimos Oradores sagrados, que yo he visto. Estos se ponian en el púlpito

á predicar con un modo regular, con los ojos baxos, y rostro inclinado, y despues no usaban sino de un lento, y grave gesto. Muy al contrario sucede con aquellos que desde luego que suben á aquel sagrado lugar, os parecen de un gran pecho, están con la cabeza levantada, y echan unas fulminantes ojeadas por todo el auditorio, de suerte que os viene la tentacion de decir: *Ve aquí la misma soberbia en el púlpito.* No puedo yo determinar, qué fruto se habrá de esperar del que se os presenta sin la vestidura que nuestro divino Maestro exîge en todos, pero especialmente en sus Ministros.

Al paso que la humildad, debe campear en los sagrados discursos al pueblo la caridad. Hay Predicadores que hablan con tono impe-

rioso á los pecadores, y les pintan tan horriblemente su estado, que en lugar de aterrarlos, los conducen á la desesperacion. Yo confieso que es loable, y util, al paso que lícito; el dexarse llevar contra los pecadores; pero jamas debería el Predicador tirar invectivas de suerte que olvidase el espíritu de la caridad. El es Ministro de aquel Dios, que es la caridad misma, y que todo lleno de misericordia va en busca de los Pecadores. Despues de haber cargado la mano contra los vicios, y reprehendido con esfuerzo á aquellos especialmente que están habituados, y dormidos en la iniquidad, ha de volver á tomar (y de este modo lo hacen los mas sabios) las entrañas de padre, y hablar afectuosamente al corazon de todos.

Mas moverá el amor, que no el terror, porque mas penetrante espada suele ser la amorosa exhortacion del que se demuestra padre, que los resentidos gritos del que se manifiesta dueño. Igualmente no debe ser inferior la gravedad, y seriedad en el que tomará á su cargo el empleo de distribuir al pueblo la palabra de Dios. A esta obligacion se puede contravenir en dos maneras, á saber, haciendo reir, ó cayendo en la sátira. Tal vez habreis hallado quien se pone á contar en el púlpito novelas graciosas, respuestas, ó reflexîones que mueven la risa; y algunos, especialmente en el sermon del santísimo dia de la Pasqua, se imaginan que la alegría de aquel dia basta para justificar su licencia de alegrar con gracejos á sus oyentes. ¡Oxalá

no sea cierto, que los Ministros del Altísimo sirvan en manera alguna á la diversion del pueblo! El templo del Señor, y su sagrada Cátedra, donde se eleva una escuela de santidad, no es lugar de vagatelas. Por está razon decia San Gerónimo (*a*): *Ille est Doctor Ecclesiasticus, qui lacrymas, non risum movet.* La virtud regular de la sátira es tambien la de hacer reir á todos, sino los que se sienten directamente tocados de ella. Con el uso de este azote puede muy bien el Predicador prometerse muchos oyentes; pero tenga por seguro que ningun bien espiritual producirán las fatigas de su ingenio. La gente saldrá de la Iglesia riyéndose, y refiriendo únicamente aquellos sentidos picantes, que han da-

(*a*) Hier. *lib.* 1. *cap.* 1. *in Lamentat. Jeremiæ.*

do pasto á su malicia. El Predicador habrá tambien de dar cuenta á Dios de haber como autorizado desde un lugar tan santo la sátira, la qual no se conforma con la perfeccion del Christiano, ni con la gravedad, que el púlpito requiere. Se debe corregir, y expugnar el vicio; mas no con palabras, ó motes picantes, y con desprecio ridiculizar al vicioso. Esto mas seria irritar, que querer convertir al que lo necesita.

CAPITULO XII.

Qual Eloqüencia convenga al que debe predicar al pueblo ignorante solamente.

Ha prescrito la sabia economía de la Iglesia Cathólica, que á ningun género de personas falte jamas quien explique, é insinúe las leyes

de nuestra santa Religion, para apartar á las gentes del camino de la perdicion, y guiarlas por el otro de la salvacion eterna. Pero para el rústico pueblo de las Aldeas, y para la plebe de las Ciudades hay particulares Predicadores, esto es, los Párrocos, que tienen esta especial obligacion en las mismas Aldeas, ó bien otros Ministros de Dios, sacados de los mas zelosos órdenes de su Iglesia. Es, pues, evidente, que estos tales no solamente deben guardarse de usar con aquellos pobres ingenios de la Eloqüencia sublime, sino que están tambien obligados á escoger la mas popular, aun la ínfima, á fin de proporcionar su modo de decir al grosero entendimiento de los otros. La claridad, como hemos dicho, es un condimento ne-

cesario para todo género de Eloqüencia: ¿pues quánto mas quando se habla á personas ignorantes, de cabeza redonda, como suele decirse, y dotadas de tan corta provision de ideas? Es necesario que entonces el Predicador se figure ser un aldeano, á quien otro quiere enseñar, ó persuadir alguna cosa, preguntándose á sí mismo: ¿entendería yo estas palabras, frases, sentimientos, y doctrina, si mi entendimiento, y mi ciencia no llegasen á mas que la de un pobre criado, un gañan, ó una muger de baxa esfera? Por tanto aquí mas que nunca se ha de usar del familiar discurso; no formar períodos, sino valerse de un decir conciso, y tal vez de preguntas, y respuestas. Todo lo ingenioso de semejantes sermones debe consistir en

hacer palpables en quanto sea posible las nociones intelectuales, y en él hallan aquellas figuras, y aquel modo de decir, que suelen hacer impresion en el usual discurso; pero sin declinar en la vileza, ni en la demasiada baxeza. Nosotros lo experimentamos: los que hacen las sagradas Misiones en las Aldeas acostumbran á formar de esta suerte sus discursos, y son entendidos. Ni mas, ni menos deberían hacer los demas Predicadores, que tienen la incumbencia de instruir á gentes de escaso celebro. Por tanto á todos los expositores de la divina palabra hablaba San Agustin, quando escribió: (a) *In omnibus sermonibus suis primitus ac maximè ut intelligantur, elaborent ea quantum possunt perspicuitate*

(a) Augustinus *de Doctrina Christ.cap.*9.

dicendi, ut aut multum tardus sit qui non intelligat, aut in rerum quas explicare, aut ostendere volumus, difficultate ac subtilitate, non in nostra locutione sit causa, quo minus, tardiusve, quod dicimus, possit intelligi. Y mas abaxo añade: *Is autem est optimus dicendi modus, quo fit ut qui audit, verum audiat, & quod audit, intelligat.* Dadme, pues, un auditorio compuesto solo de rústicas personas, y negad despues, si quereis, que aquí se necesita un estudio mucho mas particular para introducir en aquellas pobres cabezas las verdades Evangélicas.

Si el estilo debe ser entonces claro, facil, y llano, por la misma razon se ha de escoger tambien así la doctrina. ¿Qué tienen que hacer con gentes provistas de tan

corto entendimiento los elevados dogmas de la Religion, las sutiles reflexîones, las qüestiones abstrusas, y metafisicas, y los geroglíficos de ciertos interpretes de las divinas escrituras? Algunos, pues, de estos compositores de sermones, digamoslo así, rústicos, y plebeyos; por no saber hacerlo mejor, recurren *al gran Teatro de la vida Humana*, y á otras misceláneas para buscar en ellas materiales: sacan una procesion de Santos Padres para probar una proposicion, porque han logrado la feliz suerte de haber aprendido la Filosofia barbárica; y lo que es mas la Escolástica Teología, y aun de allí toman algun pasage gustoso para dar reputacion á las materias. Así forman de retazos sus discursos, y se imaginan haber hecho

un excelente trabajo, especialmente si insertan despues en ellos ingeniosas interpretaciones de las divinas Escrituras, sacadas de quien halla misterios en cada hecho, y palabra de los divinos libros. Con tal mezcla de ingredientes se llega á formar un sermon, y se predica; mas ¿con qué eprovechamiento del rústico pueblo? Nada importa á semejante gente el aprender doctrinas de esta clase, aun quando llegue á entenderlas, y tenga paciencia para escucharlas. La pobre gente va allí para instruirse en las obligaciones del Christiano, y de su estado, para lo qual ocurren textos literales, pasages claros de las santas Escrituras, razones sólidas, modo de decir, y figuras proporcionadas á la capacidad de las ínfimas perso-

nas. Estos pasos, y razones las han de buscar estos Predicadores en los sermones, y homilías de los Santos Padres, y de los insignes Predicadores modernos, que de cerca de ciento y cincuenta años á esta parte han florecido en Italia, y Francia, valiéndose despues de aquellos despojos como de caudal propio, y sin vergüenza, ó escrúpulo alguno. Asimismo si quieren hacer útiles edificios, deben tambien ellos, al modo que practican los mas acreditados Profesores, estudiar la Filosofia Moral, para conocer los apetitos, y las pasiones, esto es, las ocultas ruedas, y fibras del corazon humano, los desórdenes del amor propio, y las costumbres, que en todo tiempo han sido con poca diferencia las mismas, y especialmente aquellas que

tienen mas séquito en nuestros dias. Quando un Predicador, sea ínfimo, ó sea sublime, desciende al particular exámen de los pensamientos, de los deseos, de las acciones, y costumbres de sus oyentes, descubriendo lo defectuoso, y malo de ellas, reparad como todo el auditorio tiene los oidos alerta, y los ojos fixos en el Predicador. El no reparaba en sus propios defectos: viene un piadoso Médico, que todos los descubre, y proponiendo los remedios para ellos, convida á la curacion á los que aman con verdad el propio bien. Por tanto el Predicador, que únicamente trabaja con las máxîmas generales, no hay duda que instruye, y siendo este fondo doctrinal, puede utilizar no poco; pero mucho mayor fruto sacará de

su decir, si baxando despues á los particulares, sabe aplicar bien aquellas máxîmas á los diversos casos, y á las varias actuales acciones de los que le escuchan.

A todo promulgador de la divina ley le es permitido el traer los hechos, y exemplos de los Santos; pero esta licencia conviene especialmente á aquellos que hablan al populacho. Lo que aquí se debe de notar únicamente es, que estos hechos sean entresacados, no del *Prado florido*, y de otras turbias, y dudosas fuentes, sino de las vidas de los mismos Santos, compuestas por acreditados Escritores, y si es posible, que sean contemporaneos. Supuesto que á la pobre gente no le cuesta fatiga alguna el entender semejantes exemplos, que contienen algun

acto de virtud, es cosa legítima, y provechosa para llevarse al púlpito. Ya se puede advertir, que yo hablo aquí de exemplos de virtud, y no de milagros, que de esto tratarémos de aquí á poco. Asimismo en qualquiera sermon, quando convenga, es laudable, y tal vez necesario el hacer la explicacion de la doctrina á los adultos, repitiendo, y explicando lo que aprendimos de niños con poca advertencia. Este oficio se ha de exercitar especialmente quando se predica á la gente rústica, y trivial, que mas que otros necesita de instruccion; pero es preciso hacerlo con discrecion, y prudencia. Por habérsele escapado á uno de semejantes Predicadores el decir, que su rústico auditorio jamas hacia una buena confesion, aclarando to-

das las dificultades, y defectos que ocurren en ella, he visto enloquecer algunas pobres mugeres. A este modo otro se puso en la cabeza el probar, que aquella ínfima gente jamas tomaba las indulgencias como convenia. Ha! que Dios castiga á la malicia; mas, como Padre de misericordia, perdona mucho á la ignorancia. Ciertamente que escasea de juicio aquel que representa nuestra santa ley excesivamente rígida, y conduce á la gente de buena voluntad, y sobre todo á los pecadores á la desesperacion. No conoce bastante á Dios el que habla de este modo.

CAPITULO XIII.

De los Panegíricos de los Santos.

Oh! aquí es donde por lo comun los sagrados Oradores, que gozan gran fuerza de ingenio, y fecundidad de fantasía, se dexan ir á velas desplegadas, no sé si para exâltar hasta las estrellas el mérito de los siervos de Dios, ó para convencer á los oyentes de la admirable felicidad de su propio talento. Aquí es donde desenvuelven las mas suntuosas tapicerías de su eloqüencia, juntan joyas, y flores para adornar con mas coronas á aquel santo Ciudadano del Cielo. ¡Pluguiese á Dios, que todos lo hiciesen con peso, y con juicio! Hemos tenido, y aun podemos mostrar en el dia muchos

Panegiristas sabios, que al formar los elogios de los Santos, se guardan de todo exceso, y caminan siempre al fin principal señalado á semejante género de composiciones. ¿Y qual es este fin? El de conducir *per exempla Sanctorum* á los oyentes, ó lectores al amor de Dios, y del próximo, y á la práctica de las virtudes christianas. Pero tambien hay muchos, que piensan muy poco en esto. Su único pensamiento se reduce á buscar, ó escoger los mas bellos coloridos, para hacer que su Santo parezca grande, y aun el mayor de los demas Santos. Todas sus acciones, aun las mínimas, han de recibir un gran realce, y han de venir á ser ilustres virtudes, ampliando el pincel oratorio las que la historia ha callado, ó si las ha dicho, ha sido con muy

breve, ó sucinta narrativa. Si aquel Santo no procedió de este modo, debia (con su licencia) de proceder como imagina el sagrado Orador. Asimismo pasan tal vez á la comparacion de este con otros Santos: aun ponen las acciones de este su favorito á la frente de las de nuestro Divino Salvador, y os hacen palpar ha pasado mas adelante su apasionado Héroe. No se atreven á decirlo, pero parece que lo quieren dar á entender, que él es un Dios, ó á lo menos que en él reside gran parte de la divinidad, y especialmente la omnipotencia.

Pocos habrá que no hayan oido á mas de uno de semejantes Panegiristas, y mi larga vida me ha proporcionado el oir muchísimos. Oh buen Dios! ¡Qué locas exâge-

raciones, qué atrevidas reflexîones; qué necedades, en una palabra, me han herido los oidos, hasta causarme tal vez horror! ¡Grande ignorancia, si piensan que dicen bien: grande temeridad, si conocen que hablan mal! Yo tengo por firme que los Santos, aunque elevados al goce de los inefables bienes del Paraiso, no obstante, como que no estan aún olvidados de su propio *nada*, en vez de complacerse con tan disparatadas alabanzas, las aborrecen, las detestan. La adulacion puede muy bien prometerse buena fortuna con las vanas cabezas de los vivientes; pero no debe esperársela sino mala delante de aquel que en la tierra tuvo siempre abominacion al humo, y ha llevado tambien consigo al Cielo la humildad. Mas en lo que se ad-

vierte sobre todo el delirio de algunos, es en el referir los milagros de los Santos. Tenemos Cánones, y especialmente del sagrado Concilio de Trento, que prohiben el divulgar milagros sin el exámen, y aprobacion de los Obispos. Véase tambien la insigne obra del Eminentísimo Lambertini *de Beatif. Serv. Dei*, en la qual se manifiesta la grande circunspeccion con que se procede en Roma para la verificacion de estos sobrenaturales sucesos. No obstante esto, no falta quien tenga por lícito el traer al púlpito milagros, privados enteramente de exámen, y de testimonios seguros, tomados de gazetas, ó de relaciones subrepticiamente impresas, suponiéndolos acaecidos en paises remotos, y sin especificar el nombre de quien ha

recibido la gracia. Todo viene al caso, con tal que sirva para hacer parecer á aquel Santo un grande Taumaturgo. Milagros se oyen como executados por los siervos de Dios en su vida, que aun no fueron sabidos de quien poco despues de su muerte escribió la vida de ellos, ó no se leen en el proceso hecho para su Canonizacion. Ademas, se llegan de tal suerte á adulterar los milagros referidos en sus antiguas vidas por personas graves, que vienen á ser unos milagrones extraordinarios, por los quales quedan de espanto encantados los pobres oyentes. Siempre ha habido, y habrá verdaderos milagros en la verdadera Iglesia de Dios; pero tampoco han faltado, como entre las buenas monedas los fabricantes de malas, así tambien inventores,

ó por simplicidad, ó por malicia, de milagros falsos. Pero que los Ministros de Dios en el púlpito, esto es, en el tribunal de la verdad, extiendan confusamente los unos, y los otros, sin distincion alguna, y sin querer reflexîonar si aquellos milagros están autenticados por el exámen de la Santa Silla, ó de los Obispos, ó referidos por Escritores graves, y contemporaneos, y que causen que á fuerza de alteraciones se hagan increibles los que son creibles en las vidas acreditadas de los Santos; ¿dónde está su juicio? ¿dónde la conciencia?

Ois por exemplo un Predicador, el qual para haceros comprehender bién qual sea la singular eminencia, ó preeminencia de su Santo, os dice, que el resucitar muertos, el dar vista á los ciegos,

el sanar á los tullidos, son vagatelas, y no milagros dignos de aquel dichoso Héroe. Y aquí se ponen á referir milagros jamas oidos, y tan ruidosos, que hacen arquear las cejas á los oyentes del populacho, que llegan á entenderlos. Ni advierten que el querer poner á su Santo sobre todos los demas Santos es una temeridad, y sobre Jesu-Christo, es un escandalo, y en cierto modo una heregía. Lo que mas agrava su causa es, que ponen en comparacion con los estupendos, é indubitabilísimos milagros de nuestro Divino Salvador, milagros fingidos, y que no puede creerlos, sino quien sea escaso de juicio. Como al oir á este Panegirista decir: cae en desesperacion una persona, y exclama que no cuida de salvarse. Replica el San-

to, que á despecho suyo él quiere que se salve. Y aquí hace baxar del cielo una cédula con estas palabras: *Nos la Santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, prometemos el Paraiso por los ruegos de nuestro Siervo á N. N. con tal que se confiese, &c.* ¡Oxalá no se verifique que yo me ponga á glosar este, y otros semejantes raros, y aunque únicos, muy inverisímiles sucesos, de los quales tengo por mejor no hablar palabra, porque no hay persona inteligente que no conozca su impropiedad, é insubsistencia! Si semejantes géneros sirviesen de hacer ridículo solamente al que con tanta franqueza los extiende, poco seria el mal; pero tambien se desacreditan los Santos, y con la mezcla de los milagros fingidos se hace dudar de los ver-

daderos, que Dios ha obrado por su medio, padeciendo en esto la misma Iglesia nuestra Madre, como si ella aprobase semejantes licencias, y abusos, siendo así que los detesta. Ni bastaria el decir, que la Iglesia no obliga á alguno á creer estas cosas admirables, y así que las crea el que quiera. Ciertamente que el Predicador las dice para que todos las crean; y entre tanto ningun cuidado le dá, si estas son ficciones, y si promueve la devocion ácia aquel Santo con imposturas. Yo no quiero decir mas, y solo me reduzco á alabar aquellos sabios, y moderados Panegiristas de los Santos, que no emplean todas sus doctrinas en hacer parecer un gran hacedor de milagros aquel Santo, porque semejante objeto encierra un oculto vil

interes; sino que principalmente se extienden por sus virtudes, para dar por ellas alabanza á Dios, y para excitar al auditorio á su imitacion. Y supuesto que cede tambien en gloria de Dios el haber obrado milagros por la intercesion de los Santos, mezclan tambien algunos en los Panegíricos; pero haciendo eleccion, y sacando aquellos solos, que fueron exâminados, y aprobados por los Superiores, que no envuelven inverosimilitudes, ni un caprichoso despotismo de los Santos, para demostrar su ilimitado poderío. Estos tales desempeñan muy bien su ministerio.

CAPITULO XIV.

Conclusion de esta obrita.

Tres son las clases de las personas christianas, que suelen, ó que deberian concurrir á oir la palabra de Dios. A saber, los literatos, ó aquellos que por felicidad de entendimiento, ó por la lectura de buenos libros, ó por la práctica del mundo, han limado tanto su ingenio, que ninguna dificultad experimentan en entender aun los mas elevados discursos. La segunda clase es de aquellos, que gozan un mediano entendimiento, no desbastado á fuerza de científicas reflexîones, ni acostumbrado á largos períodos, ni á las escogidas frases de los ingeniosos escritores. La tercera es la que toca al popu-

lacho, las mugerzuelas, y los groseros villanos. Es cierto que el sagrado Orador se ha de adaptar al entendimiento de estas diversas clases de hombres. Quando habla á los primeros, por muy sublime que quiera ser su decir, podrá conseguir aplauso, y fruto. Por el contrario, quando hable á los últimos convendrá que se abata hasta la tierra, eligiendo sentidos y modos de decir tan familiares, que puedan penetrar en el estrecho recipiente del que los oye, so pena de perder todo su caudal haciéndolo de otro modo. Finalmente, para las personas del medio, es necesario que halle un temperamento de decir entre lo sublime, y lo ínfimo, que pueda convenir á su limitada comprehension. Y supuesto que, como ya hemos

advertido, á los sermones regulares, que se hacen especialmente por la Quaresma, y por el Adviento en las Ciudades, concurren las personas del primer grado, pero incomparablemente mas de las del segundo, suplíco á los sagrados Ministros de Dios, que me digan, si es justo mi deseo, de que ellos se sujeten antes á la eloqüencia popular, que á la sublime, acordándose de que hablan al pueblo, es decir á un auditorio compuesto de pocos doctos, y de muchísimos ignorantes. ¿De qué sirve que acabada la Quaresma salga á luz una bella recoleccion de composiciones poéticas en su alabanza? Esto no es otra cosa, que una confesion del placer que los bellos ingenios han experimentado al oir las producciones de su feliz inge-

nio. Pero preguntad al pueblo, que es el que constituye la fuerza mayor del auditorio, si ha entendido aquellos sermones, si los ha hallado claros en la instruccion, fuertes para convencer, afectuosos para mover. Quando el pueblo no haya hallado estas delicias al escucharlo, poco ha ganado el Predicador, y aquellas poéticas alabanzas no resarcen tanto como ha descuidado, y perdido. Ni vale decir, que con todo eso estaba atenta la gente. Pues yo he visto labradores, y pobre gente escuchar con la boca abierta Panegiristas, que parecia hablaban con los Angeles, sin que les comprehendiesen aun el mas leve sentido.

Por tanto, segun el dictamen de los sabios, aquel debe llamarse excelente Predicador, que sabe

con tal juicio manejar el estilo, y los demas ingredientes del arte oratoria, que puede hacerse entender, aprovechar, y agradar tanto á los mas, como á los menos inteligentes. Mayormente pues deberian los sagrados promulgadores del Evangelio enamorarse de la popular eloqüencia, porque esta se puede formar con tal finura de arte; que igualmente acarree placer, y provecho á los espíritus sublimes, que á los ínfimos, en lugar de que la sublime es únicamente á propósito para alimentar á los pocos afortunados ingenios. A mí me ha sucedido el oir Predicadores, que aun usando de la ínfima eloqüencia quando hablaban con la pobre gente, lo sabian hacer con tal gracia, é ingeniosa claridad, que arrebataban el corazon aun de los

mas vigorosos ingenios, y adornados de erudicion. Otros conozco, que saben usar aquella eloqüencia, noble sí, pero llana, que trae una util, y deleytable instruccion tanto á los de la primera, quanto á los de la mediana clase del pueblo. Mas no proceden así otros. Casi diriais, que su Retórica se dirige á obscurecer las cosas, para dar solamente á los grandes ingenios el secreto gusto de descifrarlas, y de entender en ellas lo que no se explica. No enseñó á proceder así á los Predicadores el iluminado Apostol de las Gentes. Ved aquí sus palabras á los de Corinto (*a*): *Et ego, cum venissem ad vos, fratres, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientiæ, annuntians vobis testimonium Christi.* Despues

(*a*) *Epist.* 1. *ad Corint. c.* 2. *v.* 1.

añade : *Et sermo meus , ac prædicatio mea , non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis , sed in ostensione spiritus , & virtutis.* No es esto vituperar la eloqüencia , sino desear aquella que esconde el ingenio , y trata con tal fuerza , claridad , y gracia las verdades de nuestra eterna salud , y del sabio gobierno de nosotros mismos , que igualmente salga de la Iglesia instruido , movido , y arrebatado el literato , que el ignorante. En los sermones de San Pablo no se dexaban ver las amplificaciones , los pomposos adornos , y las finuras de aquellos grandes Oradores , que producidos por la Grecia , son todavia objetos de nuestra admiracion. Y con todo eso , ¿qué efecto no producian sus sermones así en los Griegos idólatras , como

en los bárbaros idiotas, así en los sabios, como en los ignorantes? El exponer claramente la doctrina del Evangelio, y la filosofia christiana, el fortificarla con sólidas razones, el persuadirla con zelo, y afecto, era la fuerte elegancia, y las poderosas armas, con que el grande Apostol expugnaba los entendimientos, y los corazones de todos.

No obstante lo dicho es digno de desearse, y aun necesario, que el que se aplica al empleo de Predicador, y especialmente de Predicador urbano, estudie los preceptos de la Retórica, y se exercite en ella, no para aprender á componer chrias, esto es á decir, y repetir con superfluas palabras lo que en pocas ha entendido ya el auditorio; no para añadir bagate-

las á lo sólido de las razones; no para usar de aquellas que solamente tienen especiosidad, y nada concluyen; sino para aprender el modo de persuadir, y de mover los afectos, la nobleza del decir, las figuras convenientes, el orden de las razones, la peroracion, y semejantes documentos, que sirven tambien para la juiciosa formacion de los sagrados sermones. Por tanto el estilo sea noble, y adornado, pero inteligible; las doctrinas, y las razones tan bien explicadas, que aun el mediano pueblo llegue á comprehenderlas; las frases, y palabras tomadas (ya sean naturales, ó ya trasladadas) de la lengua vulgar corriente, segun las usan los que mejor hablan, ó escriben, y no antiguas, y desusadas; los períodos cortos, y no

torneados á manera de laberintos. El sagrado Orador Christiano no se propone, ó á lo menos no debe proponerse otra cosa mas, que el instruir al pueblo en los dogmas, y consejos de nuestra Santa Religion, y llamar á exámen sus deseos, y costumbres, para distraer á los malos del mal, y para animar á los buenos á continuar, y crecer siempre mas y mas en el bien, valiéndose de las divinas Escrituras en su sentido literal. En esto consiste especialmente el fruto, que se debe esperar del trabajo, y de los sudores de los sagrados Ministros. Pasar pues á la práctica: hacer conocer los abusos, defectos, y excesos no advertidos: descubrir las asechanzas de las pasiones, y la fuerza de los hábitos, sugiriendo sus

remedios. Todos los malos tienen alguna excusa , y secreta retirada : es necesario asaltarlos en aquellos ocultos escondrijos. Dichosos aquellos Predicadores, que tienen prontos para toda necesidad los pasages de los sacrosantos libros, y se adquieren ademas un rico capital de Filosofia Moral , por cuyo medio se hacen capaces de penetrar todos los rincones del corazon humano. No basta cortar las malas yerbas que nacen sobre la tierra: quedando intactas las raices, vuelven presto á renacer. Finalmente no cesaré de repetir, que los sagrados Oradores jamas deben de olvidarse de quienes está compuesto su auditorio. Si desatendiendo á los pequeños , intentan con su pomposo estilo, con sus sublimes doctrinas, y metafisicas re-

flexîones, ganarse aplauso entre los doctos, y manifestarse grandes ingenios, se puede dudar si agradarán á Dios. Lo cierto es, que conseguirán un grande aplauso entre los hombres, y un mérito indubitable delante de Dios, si toman por objeto el hablar, agradar, y utilizar á los mas del pueblo que les oye, y no saben letra, haciéndolo con tal gracia, y oculta finura de ingenio, que aun á los literatos sepan causar complacencia, y utilidad.

F I N.